



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII

NÚMERO 16. — Madrid 5 de Junio de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Blas. — Crónica universal, por X. — Carta de Roma, por J. M. — Los grabados. — La lucha de siempre, por Valentin Gómez. — Recuerdos de viaje, por Manuel Pérez Villamil. — Carlos William Siemens (continuación). — La recepción de Zorrilla en la Real Academia Española, por V. — Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira (continuación). — Patriotismo y abnegación (continuación), por Esteban Marcel. — Conocimientos útiles. — Miscelánea.

GRABADOS. — Excmo. Sr. D. José Zorrilla, célebre poeta español. — Vista del puerto y ciudad de Suakin en el mar Rojo, donde los ingleses han establecido su cuartel general. — Crucero de la catedral de Burgos. — El conde de Mun, fundador y presidente de los círculos católicos de obreros en Francia, y autor de la elocuentísima protesta contra la secularización de la iglesia de Santa Genoveva en París. — Carlos William Siemens, célebre electricista: † en Londres.

Rogamos á todos nuestros suscritores que dirijan la correspondencia á la *Sucursal de la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA*, plaza de Isabel II, núm. 3, tienda, ó sencillamente al Sr. Administrador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, sin añadir señas, para que se recoja toda en el apartado de Correos.

LA DECENA

ERAN las tres de la tarde cuando me acomodé ayer en el vetusto sillón que me sirve de asiento ante mi mesa-escritorio, para garrapatear las veinte cuartillas que tenía al alcance de mi pluma, y que debían servirme para lo que servirían á cualquier hortera de una tienda de ultramarinos, para envolver.

Envolver fideos ó envolver ideas; empaquetar especias ó empaquetar especias; liar géneros mal pesados ó liar conceptos de poco peso; encerrar una lata de pimientos picantes ó encerrar una serie de párrafos inspidos, esto hacen los tenderos y esto vengo á hacer yo con el papel blanco.

No han acabado las analogías: el papel que sirve de envoltorio al café que mi criado Roque me trae de la tienda, suelo utilizarlo yo para escribir mis revistas. En cambio, mucho me temo que, por buscar la revancha, el tendero utilice mis revistas para envolver ¡qué horror! queso de bola.

Pero no divaguemos.

Una vez sentado, y á pesar de la infusión hirviente del moka que acababa de paladear, me sentí con más deseos de dormir un rato que de escribir tres horas... Creo que á cualquiera, en mi lugar, le habría sucedido lo mismo.

Sin soltar la pluma de la mano, recliné la cabeza en el respaldo del sillón, pensando en lo felices que son otros *Blases* que no necesitan darse al público en caracteres de imprenta, y pue-

den darse al sueño cuando les viene congo de molde.

— ¿Por qué — decía yo, con acompañamiento de bostezos — en lugar de ir en busca de las noticias y acontecimientos que han de servirme para la revista, no habían de venir los acontecimientos y las noticias á buscarme á mí, ahorrándome la mitad del trabajo? Ahora, que tengo un cuarto (entiéndase habitación) espacioso y con poca escalera en este edificio de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, ¡qué cómodo sería para mí señalar un día de recepción en cada decena, para que vinieran á desfilar por delante de mi mesa los sucesos y las personas que han de servirme de primeras materias para la empresa literaria á que me han dedicado en este *asilo*!

Y á vueltas con esta idea, debí quedarme dormido...

Digo que *debí*, porque tales cosas han pasado desde aquel momento por mi pobre cabeza, que ni puedo asegurar que entonces estuviese completamente dormido, ni afirmar que en este instante me halle del todo despierto.

Recuerdo muy bien que de aquel estado de sueño ó de abstracción comatosa vino á sacarme mi sirviente Roque:

— ¡Señor! ¡Señor!

— ¿Qué ocurre? — le pregunté incorporándome.

— ¡Había usted olvidado que hoy es día de recepción? — me dijo, recogiendo la pluma que se me había caído de la mano.

— ¡Recepción...! ¡Recepción...! — exclamé como queriendo coordinar mis ideas. — En efecto... sí, eso es... un día cada decena...

— Ea, pues póngase usted la peluca — replicó Roque, uniendo la acción á la palabra, — porque empieza á llegar la gente. La primera que ha venido, y está esperando en el recibimiento, con bastante impaciencia por cierto, es una mujer.

— ¿Una mujer?

— Sí, Señor, una mujer, una moza de rompe y rasga, que suelta unas palabrotas y tiene unos modales, que ya, ya. Dice que es tocaya de usted.

— ¡Tocaya mía!... No recuerdo... En fin, sepamos qué mujer es esa; que pase.

Salió Roque, y un momento después entró en mi habitación una mujer pequeñuela, de rostro verdinegro, frente deprimida, mirada clínica, nariz chata y remangada y boca disforme, á la que servían de comisura dos orejas más disformes que la boca. Su traje pretencioso y ridículo ofrecía un conjunto indescriptible. Sin saludarme, se sentó frente á mi mesa, me miró de hito en hito y me preguntó con voz estridente:

— ¿Me conoce usted?

— No, señora, como no sea para servirla — contesté.

— Ea, déjese usted de arrumacos y soserías ¡voto á mi abuelo!... Pues yo sí le conozco á usted. Se llama D. Blas Lanas.

— Perdone usted, señora, no es ese mi apellido.

— Pues será D. Blas Lila, me da lo mismo... ¡El demonio del viejo!

— Me está usted faltando al respeto, y no consiento...

— Y á mí me está usted sobrando con sus cursilerías... ¡Canastos! Tendrá usted que oírme, aunque le lleve Pateta.

— Pero sepamos qué es lo que usted quiere y quién es usted.

— Quiero decirle á usted cuatro frescas, en cambio de las muchas desvergüenzas que usted ha dicho de mí...

— ¡Yo!

— Sí, Sr. D. Blas Gazmoño, ó como usted se llame; ha dicho usted perrerías de mí; ¡mal rayo le parta!

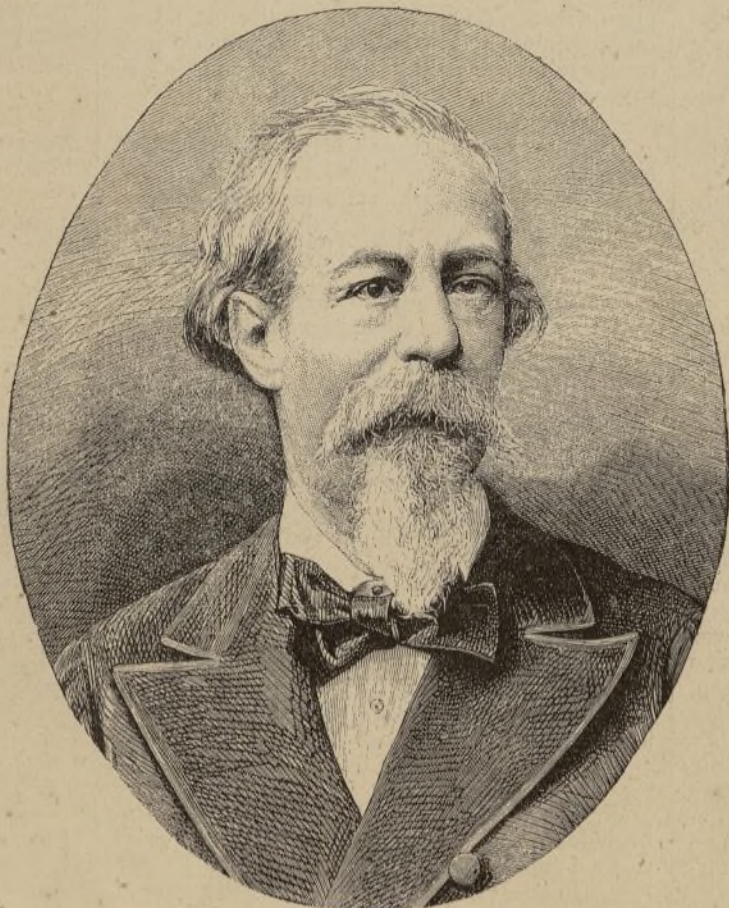
— Creo que está usted equivocada, señora Blasa...

— No me llamo Blasa. ¡Voto á mil bombas!

— Como ha dicho usted que éramos tocayos...

— Tocayos somos y el diablo cargue conmigo...

— ¡Ave María Purísima, qué lenguaje!



EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ ZORRILLA,

Célebre poeta español.

—Lo diré de otro modo: que el diablo cargue con usted si no es cierto lo que digo.

—Pues llamándose yo Blas, y siendo usted tocaya mía, claro está...

—¡Reniego de su ingenio...! Claro está que he de llamarme Blas, como usted se llama.

—¡Ah! ya me había yo figurado que no es usted lo que parece. Perdóneme usted si en un principio la equivoqué con una mujer... ¿Y se puede saber por qué, siendo varón, viene usted disfrazado de mujer?

—¡Cuidado si es usted memo, ira de Satanás! Pertenezco al género femenino, aunque llevo el nombre masculino. Me llamo Blas y de apellido Femia. ¿Lo entiende usted ahora, don Pánfilo?

—¡Horror! ¡La blasfemia profanando mi casa...! Salga usted inmediatamente, o llamaré una pareja.

—Bastante me importan á mí las parejas ni los fueros de un vejete como usted.

—¡Insolente!

—Bah, ahorremos palabras, ¡voto á una legión de Luciferes! y sepase usted que soy la Blasfemia, en efecto; pero que tengo hermanas á millares; que me ha expulsado el gobernador de Barcelona; que me he venido á Madrid, donde si alguna vez se nos persigue por mera fórmula, se nos guardan más consideraciones y miramientos que en aquella provincia; y por último, que tanto yo como mis hermanas nos reímos de bandos, circulares, multas, sermones y artículos de Blas. Conque lo dicho, insulsiísimo señor; agur, por no decir adiós.

Y hablando así, se levantó, me arrojó una mirada despreciativa y salió derribando dos sillas.

..

Apenas repuesto de mi sobresalto, volvió á abrirse la puerta, y apareció Roque, pálido, tembloroso y con el semblante descompuesto. Traía en la mano una tarjeta, y sólo pudo articular estas palabras:

—Señor, ahí está... tá... tá... tá...

—¿Quién?

—Me ha infundido tan..., tan..., tanto respeto, y estoy tan tan tan...

—Lo que parece es que estás tocando el tamboril. ¿Quién ha venido?

—Él en persona...

—Pero, ¿quién es él?... Venga la tarjeta—dije arrancándosela de la mano. Al leer en ella un ilustre apellido bajo una corona ducal, exclamé:

—¡Tanta honra para mí! Que pase inmediatamente.

Salió Roque.

Entretanto yo me había levantado con trabajo de mi asiento, y me dirigía hacia la puerta para recibir al nobilísimo visitante. Al verle entrar en mi despacho con paso majestuoso, grave continente y erguida la cabeza... retrocedí veinte veces más espantado, más pálido y más descompuesto que Roque...

Lo que tenía delante de los ojos, á seis pasos de distancia, era... un toro. Un toro magnífico, corpulento, de piel negra y lustrosa, astas formidables y ojos encendidos, que me miraban con fijeza.

Temblándome las piernas, fui poco á poco alejándome del terrible animal, pero sin volverle la espalda, y me dejé caer sobre el sillón encomendándome á todos los santos de la corte celestial.

No obstante mi turbación, noté que el toro no se movía de su sitio, y que procuraba dar á su actitud cierto aire de mansedumbre, como si quisiera inspirarme confianza.

Así transcurrieron algunos minutos, durante los cuales me repuse algún tanto. Discurría un medio de ponerme en salvo, pero no encontraba ninguno. ¿Cómo estaría mi espíritu cuando me ocurrió la siguiente reflexión: «¡Ah, si yo supiera matar toros!»

Por fin, habló el toro y dijo: «Mu...»

Yo no sé lo que pasó por mí al oírle.

El fiero animal dejó pasar un corto intervalo de tiempo, y prosiguió:

—Mucho celebro esta ocasión de conocer personalmente á D. Blas, y quiero aprovecharla para darle las gracias, en nombre de toda la clase, por sus buenos oficios para con nosotros.

—Nada de eso—me apresuré á contestar con voz temblorosa;—no merece gracias... Lo que he hecho en favor de ustedes no vale la pena, y siento mucho, pero mucho, que se haya usted molestado en venir á esta su casa.

—Además, y aprovechando este pasto de tarde en la dehesa de nuestra conversación, quiero mugirle á usted cuatro palabras acerca de la corrida de Beneficencia que se celebrará mañana, y en la que tengo la honra de desempeñar una octava parte de protagonista.

—También yo—me atreví á interrumpirle, ya bastante tranquilo—me he de permitir echar á usted, á modo de capote, una pregunta: ¿cómo es que se ha anunciado en mi cuarto con esta tarjeta?

—Mu—contestó con un pequeño bramido, que debe ser la sonrisa usada entre toros—mucho que sí... Esa tarjeta es la que usamos todos los que procedemos de la ganadería del Sr. Duque. Entre nosotros nos conocemos por un *Miura*, un *Saltillo*, un *Gómez*, un *Muruve*, un *Veraguas*, y con este último título me he tomado el olivo, quiero decir, la libertad de enchiquerarme en esta habitación.

—Ya lo entiendo.

—Pues bien, en nombre de los ocho que vamos á ser corridos mañana en beneficio de los enfermos y en detrimento de los sanos, le digo á usted, señor don Blas, que hemos pensado hacer una barrabasa, sólo por darle á usted gusto y mostrarle los pitones de nuestro agradecimiento.

—Mu...

—¿También usted habla en berrendo?

—Muchas gracias, iba á decir, si no me hubiera usted tirado ese derrote de interrupción... Conque, sepamos qué barrabasa es esa.

—Pues es que nos hemos puesto de acuerdo para no hacer daño alguno á caballos, picadores, banderilleros, chulos ni espadas.

—¡Bien, muy bien!—exclamé entusiasmado y faltándome muy poco para tender la mano á tan humanitaria fiera.

—¿Es decir que aprueba usted nuestro propósito, y echa sobre sí la muleta de la responsabilidad por lo que pueda ocurrir mañana en la plaza?

—¿Qué ha de ocurrir, si van ustedes dispuestos á no hacer daño á nadie?

—Pues pudiera ocurrir una cuestión de orden público.

—No lo entiendo.

—Figúrese usted una reunión de catorce mil personas que han pagado á alto precio el derecho de divertirse; que aguardan impacientes la salida del primer toro; que éste se presenta en el redondel con las buenas formas con que yo me he presentado en esta casa; que no acomete á los picadores, ni hace caso de las capas; en una palabra, que se porta como si fuese un toro disecado y relleno de paja; que pasan diez minutos y veinte... y el bicho no se mueve... ¿Qué se hace con él?

—Echarlo al corral, y sacar otro.

—Bien está. Ya ha salido el otro, y hace exactamente lo mismo que el primero; pasan otros quince minutos, y se le envía al corral. Van saliendo sucesivamente hasta ocho ó diez toros más... y todos hacen lo mismo. ¿Qué sucederá? ¿Cree usted que aquellos catorce mil cuerpos (entre nosotros nunca contamos por almas) se resignarán á volverse tranquilamente á sus ganaderías urbanas, ligeros de bolsillo, afónicos de voz, exhaustos de diversión y plétóricos de rabia?

—Ya, ya; en efecto, eso podría ser grave.

—¿De manera, que ya no le parece á usted tan plausible nuestra actitud obstruccionista?

—De ningún modo, y si quieren ustedes darme gusto, como antes ha dicho, les suplico que no recarguen en ese acuerdo, antes por el contrario, pongan de su parte cuanto les sea posible á fin de que haya sangre, para que la gente se divierta.

—Pero es que entonces... nos matarán.

—¿Y qué remedio tiene? Hay que hacer algún sacrificio en aras del bien público.

—Como si dijéramos, en el matadero de la diversión nacional.

Me puse colorado al oír la frase, y guardé silencio.

El toro me saludó bajando el testuz, como si se tratase de ponerse en suerte para un descabello, y se despidió de mí diciendo:

—Quede usted con Dios, y... hasta pasado mañana.

—¿Cómo es eso?—dije admirado.—Mañana morirá usted en la arena, y no alcanzo cómo ha de volver á visitarme al día siguiente.

—Espero volver por aquí, sin embargo.

—No veo la forma.

—En forma de bistek ó de solomillo mechado, probablemente.

—Eso es otra cosa... ¡Ah! se me olvidaba suplicar á usted que no se meta con el pobre Roque al salir de aquí.

—Descuide usted; harto tiene con el susto que ha recibido al abrirme la puerta.

El noble animal volvió á saludarme, y se alejó pausadamente.

..

Volví á presentarse Roque en mi despacho, rebotándole en el semblante la satisfacción por el pacífico desenlace de la aventura taurina.

—¡Hola!—exclamé al verle—parece que se te ha pasado el susto. ¿Qué mandria eres?

—¿Qué le ha dicho á usted el toro, señor?

—Que los cabestros que los toros tienen á su servicio no son curiosos ni habladores.

—Si es una alusión...

—Es muy posible; pero sepamos de quién es esa otra tarjeta que traes.

—De un caballero francés, que no lo parece por el apellido; de Mr. Del Pito.

—Ya me parecía á mí que, después del tamboril con que me anunciaste la visita anterior, me traerías en esta un pito complementario... Venga la tarjeta.

Entregómela Roque, y leí:

DELPIT

homme de lettres.

—Le conocía de reputación—dije,—mas no personalmente. Que pase.

El nuevo visitante, previas las excusas y frases de buena crianza, me dijo en castellano poco correcto que había venido á Madrid con objeto de estudiar nuestra literatura dramática contemporánea; que después de asistir á varios teatros donde no había visto más que *banalités* (¡vaya usted á saber lo que quiso expresar con esta palabra!), leyó el anuncio de una obra original, en tres actos, estrenada hace algunas noches en el teatro de la Alhambra, titulada *Faltas pasadas*; que fué á verla y que salió asombrado... *assommé* (no sé si traduzco fielmente la palabra). Y añadió riendo:

—Es *par trop* de original la cosa.

—¿La obra dramática querrá usted decir?

—¡Oh! la obra dramática es... *Mauvroux*.

—¿Y qué quiere decir eso? ¿que es *maravillosa*?

—No del todo, señor; la obra original sólo alcanzó un *succeso de estima* cuando fué *misa* en escena en París...

—¿Cómo en París?—le interrumpí sonriendo...

—Yo me hago mal comprender, tal vez, en español... Quise decir que se estrenó en París hace ya mas de...

—Perdón, Mr. Delpit; *Faltas pasadas* se ha estrenado en Madrid hace ocho noches y es original de Eusebio Blasco, reputado autor cómico.

—Perdón, á mi vez, si os place, señor; esa obra es de Don Blasco á la manera que es de vos el cabello con que está confeccionada la *perruca* que lleváis en la cabeza. Esa obra es mía, se llama *Mauvroux*; ha sido arreglada á la escena española; se ha representado en la Alhambra; ha tenido un mediano acogimiento y... *voilà tout*.

—Hombre, hombre, eso me parece un poco fuerte... Acaso alguna mala inteligencia, alguna equivocación de la empresa...

—Posiblemente, señor; pero yo soy venido aquí á hacer una protestación.

—¡Bah! déjese usted de protestas... Si se tratara de *letras de cambio*, pase; pero las *bellas letras* ya no se protestan entre nosotros... Y, hablando de otra cosa, ¿qué deja usted por París?—añadí para dar otro giro á la conversación.

—Nada de todo.

—Parece que también por allí hacen ustedes sus traducciones correspondientes.

—No comprendo...

—El Gobierno francés acaba de traducir el *Panteón*, esto es, la iglesia de Santa Genoveva, patrona de la ciudad, del culto católico al culto pagano.

—¡Oh! sí; exigencias de actualidad. Precisaba depositar allí el cadáver de Víctor Hugo. Víctor Hugo no estaba católico; el Panteón sí estaba católico; y como el Gobierno no podía *catolizar* al muerto, ha tenido que *descatolizar* la iglesia.

—Y de esa manera ha contribuido también á dar más expansión al duelo nacional.

—¿Queréis explicarme eso, señor?

—Es muy sencillo: hoy visten luto en Francia los admiradores no católicos de Víctor Hugo por la pérdida de su poeta, y los católicos todos por la pérdida de su templo.

—A *propos* de poetas—me interrumpió Mr. Delpit,—mañana será hecho académico vuestro popular Zorrilla en un apartamento de la Universidad centrífuga...

—Universidad Central—querréis decir.

—Va bien, Central. Yo sería bien obligado si me hicieseis el honor de acompañarme mañana al *Paraninfo*...

—¡Para ninfas estoy yo!... Imposible, monsieur Delpit. Además, estará atestado de gente el Paraninfo...

—¿Paraninfo se dice?

—Así se llama el salón donde se verificará el solemne acto.

—¿Y por qué se llama Paraninfo? Dispensad mi desconocimiento de las cosas españolas.

—Yo os ruego, por mi parte, que me dispenséis si no sé contestar á esa pregunta.

—Los griegos llamaban *paraninfo* al padrino de boda...

— Tampoco sabía eso.
— Tiempo adelante se llamó *paraninfo* al profesor que recitaba el discurso de apertura de curso en las universidades.

— ¡Cuánto me alegro de saber esto! Prosiga usted.

— Así bien, era apelado *paraninfo*, en la Universidad de París, el que hacía la presentación de los que eran sumisos á examen como aspirantes á la licenciatura. Ello siempre resultará que esta palabra se ha aplicado á personas; ¿cómo puede hacerse que aquí se la haya hecho aplicativa á un edificio ó á un salón?

— Doctores tiene el claustro universitario que lo podrán explicar; yo, francamente, no lo sé, y dudo que en vuestra Sorbonna sepan más que yo sobre este punto. Tal vez (y esto no es más que una opinión mía) se haya cometido, no diré una falta, que esa no puede cometerse donde hay tanta sobra de sabiduría, sino una figura retórica, tomando el continente por el contenido.

— ¡Oh! esperad, os ruego... Yo sabía el *dicton* español... ¿Cómo se dice? ¡Ah! ya encontré: *tomar el rabanó por las hojas*.

Me eché á reír de la sencillez de mi interlocutor, el cual parecía muy satisfecho de sus adelantos en nuestro idioma.

Miré el reloj, y no pude contener un gesto de sorpresa al ver que eran las seis de la tarde. Mr. Delpit notó este movimiento y se despidió muy cortésmente, como yo me despidí de ustedes (y no dirán que ha sido corta mi visita) hasta la próxima decena.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



SEGUIENDO la costumbre, ha tiempo establecida, de comenzar esta crónica con los documentos pontificios que por su índole convengan con el carácter de esta revista, insertamos á continuación la preciosa carta de León XIII al Em. Sr. Cardenal Lucillo María Parocchi, Vicario general de Roma, recomendándole que proteja eficazmente los estudios literarios y establezca al efecto cátedras de literaturas griega, latina é italiana. Dice así este hermoso documento de la sabiduría de León XIII:

Querido hijo, salud y bendición apostólica:

« Bien sabéis lo que Nós hemos dicho constantemente, y no sin motivo: que es necesario trabajar con ardor, celo y asiduidad para que el sacerdocio brille más y más en las ciencias. Es una necesidad impuesta por la condición misma de los tiempos, atendiendo á que, en medio de la emulación de los talentos y el ardor de instruirse, el sacerdocio no podría ejercer las funciones y los cargos que le son propios, con la dignidad y utilidad deseadas, si descuidase las cualidades intelectuales que son buscadas por otros.

« Por esta razón hemos consagrado nuestros desvelos á inculcar sobre todo la erudición á los aspirantes á las Sagradas Ordenes, y, tomando por punto de partida la ciencia de lo fundamental, Nós nos hemos esforzado en renovar la antigua disciplina de la filosofía y de la teología, según las doctrinas de Santo Tomás de Aquino, y ciertamente la oportunidad de este designio se ha hecho manifiesto por el resultado que se ha obtenido ya.

« Mas puesto que una gran parte de la instrucción más agradable y más útil para la vida y relaciones sociales tiene por objeto las Bellas Letras, Nós hemos resuelto adoptar algunas medidas para favorecer su progreso.

« Importa, sin embargo, á este propósito que el clero las dispense el honor debido, porque el mérito literario es de gran excelencia. Los que lo poseen gozan de gran consideración, mientras que los que se hallan desprovistos de tal título faltan á una condición que les haría más apreciables.

« Así se comprende lo pérdida del designio del emperador romano Juliano, al prohibir á los cristianos que profesasen las Bellas Letras. Comprendía, en efecto, que careciendo de ese mérito serían despreciados más fácilmente y que el cristianismo no podría prosperar si se le consideraba extraño á las artes liberales.

« Y puesto que por el conocimiento de las cosas sensibles nos elevamos á saber aquellas que son superiores á nuestros sentidos, nada parece más apto para ayudar en esto á la inteligencia que el talento y la perfección en el arte de escribir.

« En efecto: los hombres gustan mucho de escuchar y leer lo escrito en estilo castizo y elegante, y así es que la verdad, resplandeciendo con el brillo del lenguaje y de las cualidades oratorias, penetra

con más facilidad y queda profundamente impresa en el espíritu.

« Existe en esto cierta semejanza con el culto exterior de Dios, en cuanto resulta de ello el gran beneficio de que el pensamiento y la inteligencia se elevan hasta la divinidad por el esplendor de las cosas corporales.

« Los frutos del saber son alabados particularmente por San Basilio y San Agustín, y nuestro predecesor Pablo III prescribía con mucha sabiduría á los escritores católicos dieran á su estilo una forma elegante, á fin de refutar á los herejes que se apropiaban el mérito exclusivo de saber unir la ciencia á la habilidad literaria.

« Cuando nos decimos que las Bellas Letras deben ser cultivadas por el clero, no hablamos únicamente de la literatura italiana, sino también de la griega y latina. Es preciso dar la mayor importancia á la literatura de los antiguos romanos, ya porque su lengua es el órgano y el auxiliar de la religión católica en todo el Occidente, ya porque la mayoría la estudia menos ó sin la profundidad suficiente, hasta un punto que el mérito de saber escribir latín con la dignidad y elegancia debidas parece que va perdiéndose gradualmente. Necesario también es estudiar con cuidado los autores griegos, porque son de tal modo superiores y excelentes los modelos que en ellos se encuentran, que no podía concebirse nada más acabado ni más perfecto; debiendo notarse que entre los orientales, las letras griegas permanecen vivas todavía, y se manifiestan en los monumentos de la Iglesia y en la práctica diaria, fuera de que los conocedores de la literatura griega poseen también más á fondo la antigua latinidad.

« Considerando la utilidad de estas cosas, la Iglesia católica ha honrado siempre, como debía, el estudio de las Bellas Letras, como ha hecho con cuanto es bueno, bello y loable, dedicándose con particular esmero á favorecerlos.

« Ciertamente, los Santos Padres de la Iglesia han cultivado las letras como les permitían los tiempos en que vivieron, no faltando entre ellos quien se distinguiese tanto por su talento y buen gusto que, en nada haya sido inferior á los más célebres autores griegos y romanos. Débese también á la Iglesia el gran beneficio de haber salvado de la ruina parte no pequeña ni la menos selecta de los antiguos libros de los poetas, oradores é historiadores latinos y griegos; pues nadie ignora que en la época en que las Bellas Letras habían caído en el olvido por la incuria y la negligencia, ó habían sido reducidas al silencio por el ruido de las armas que ensangrentaba la Europa entera, encontraron un refugio en medio de tanta confusión y barbarie en los monasterios y casas sacerdotales.

« No puede pasarse tampoco en silencio que, entre los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, se cuenta gran número cuyo nombre es ilustre en estos conocimientos literarios, de donde procede que se les conozca con el calificativo de eruditos, cuyo epíteto queda unido á la memoria de Dámaso, los grandes León y Gregorio, Zacarías, Silvestre II, Gregorio IX, Eugenio IV, Nicolás V y León X, y en la larga serie de Papas no se encontrará apenas ninguno á quien las letras no sean deudoras en alto grado.

« En efecto, gracias á su sabiduría y munificencia, fueron instituidos colegios para la juventud ávida de estudios literarios, y se abrieron bibliotecas á la cultura intelectual, y los Obispos fueron invitados á fundar en sus diócesis escuelas de literatura, y, en fin, los eruditos fueron colmados de beneficios y alentados á perfeccionarse con las recompensas y distinciones más grandes, siendo estas cosas tan verdaderas y patentes, que muchas veces hasta los mismos calumniadores de la Santa Sede han tenido que confesar que los Romanos Pontífices merecían gran agradecimiento de este género de estudios.

« He aquí por qué reconociendo la utilidad, é inspirándonos en el ejemplo de nuestros predecesores, Nós hemos decidido proveer diligentemente á que estos estudios florezcan entre el clero y sean llevados á una vida nueva y recobren su antiguo esplendor. Lleno de confianza, querido hijo, en vuestra sabiduría y vuestro celo, comenzaremos por llevar á cabo en nuestro Seminario Romano el designio que acabamos de exponer. Queremos, á este efecto, que se abran cursos especiales para los jóvenes que hayan dado pruebas de más talento y aplicación; allí, después de haber estudiado las letras italianas, latinas y griegas, podrán alcanzar bajo la dirección de profesores hábiles un grado más elevado y más perfecto en este triple género de literatura. Para que esto se realice de conformidad con nuestros deseos, Nós os ordenamos que elijáis hombres capaces cuyo talento y actividad se consagren, bajo nuestros auspicios, á la realización de nuestro designio.

« En prenda de las gracias celestiales y en testi-

monio de nuestra benevolencia, Nós os concedemos afectuosamente en el Señor la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 20 de Mayo de 1885, año VIII de nuestro Pontificado.— LEÓN XIII, PAPA. »

**

Contando ya nuestra Revista con docto y activo corresponsal en Roma, debemos ser más lacónicos que antes en el extracto de las noticias recibidas en la decena acerca de los sucesos ocurridos en la Ciudad Eterna. Recogeremos aquí las principales, que tendrán la merecida ampliación en las cartas de nuestro corresponsal.

El 27 de Mayo último se celebró, como estaba anunciado, el centenario de San Gregorio VII en las principales ciudades de Italia, y singularmente en Canossa, donde este gran Papa hizo brillar la justicia y misericordia de la Santa Sede hacia los poderes del mundo; en Salerno, lugar de su destierro, en que está su sepulcro, y en Roma, en que su digno sucesor está cautivo por amar también la justicia y aborrecer la iniquidad.

Esta semejanza la ha expresado muy bien el Padre Ricci, superior de los Hermanos Teólogos, en los siguientes versos compuestos para celebrar este acontecimiento:

Fortis Gregorius moritur procul exul ab Urbe;
Fortior ipse exul vivis in Urbe, Leo.

Con motivo de este centenario se han verificado varias peregrinaciones de austriacos, franceses y alemanes, que han asistido á las fiestas de Roma y de Salerno.

Prepáranse en Roma, contra la orden del prefecto Gravina, que ha prohibido los honores debidos al Santísimo Sacramento que se lleva á los enfermos, solemnes desagravios para el día del Corpus. En este día se celebrará por la mañana una comunión general y por la noche se iluminarán todas las casas cristianas.

Su Santidad hubiera deseado que la cristiandad entera se hubiese asociado á este acto de desagravios contra el ultraje inferido por la revolución impía al cuerpo de Jesucristo en la capital del mundo católico; pero ya que falta tiempo para organizar solemnes manifestaciones, por lo menos podrá comulgarse con la intención que anima á los católicos de Roma.

A medida que la impiedad redobla sus ataques á la iglesia, debe redoblar el celo de los católicos y su adhesión á la Santa Sede.

El día 25 de Mayo fué consagrado en la iglesia de la Propaganda el nuevo Arzobispo de Bucarest, Mons. Palma, religioso de la Pasión. El Padre Santo confía en que el nuevo Prelado continuará la obra de su ilustre antecesor Mons. Paoli, que mereció el título de Apóstol de Rumania por las conversiones que logró en aquel país, presa hasta ahora del cisma griego.

Mons. Palma lleva en su nombre la garantía de sus triunfos.

Pasados los primeros días de alarma, aunque la cuestión está hoy tan oscura como al principio, ya nadie se ocupa con el conflicto anglo-ruso. Este es uno de los rasgos característicos de nuestra época: fácilmente se deja arrebatar por el miedo, y con la misma facilidad se entrega al descanso de una confianza ciega. Historiemos. Los periódicos ingleses comentan los documentos relativos á esta cuestión en el Libro Azul en sentido poco favorable á su país.

El *Morning Post* cree que la historia de las negociaciones, tal como resulta de esta correspondencia, muestra por parte de Rusia un espíritu de agresión, de audacia incalificables; y por parte de Inglaterra, debilidad, credulidad y concesiones sin límites.

El *Standard* expresa una opinión análoga, y añade que el nuevo *Blue-Book* (Libro Azul) es un golpe rudo para el crédito de Inglaterra.

El *Times* dice:

« Lo que claramente resalta de la progresiva é incesante extensión de las peticiones de Rusia y las razones que alega, han sido reiteradas con tanta audacia durante los tres últimos meses, que sólo comparando su actual forma con la anterior es como pueden ser apreciadas en su justo valor. »

El resumen de los hechos puede hacerse en pocas palabras.

El arbitraje se ha abandonado por completo, lo mismo por Rusia que por Inglaterra. El acuerdo, si á él se llega, se considera como una nueva tregua que puede durar más ó menos tiempo, pero sin dejar de ser una tregua. La cuestión de una embajada en Cabul sería tratada directamente entre

Rusia y el Emir, no considerando Rusia que Inglaterra tenga que intervenir en ella.

Como noticias militares, los periódicos cuentan que han llegado á Sebastopol dos regimientos de ingenieros para activar las fortificaciones, que han de estar concluidas para primeros de Julio. También se dice que la Puerta, en vista de la protesta de la Embajada rusa, que considera ineficaces los medios de defensa de los Dardanelos, ha mandado colocar baterías de morteros en todas las alturas que los dominan.

Por último un telegrama reciente anuncia que los rusos, autorizados previamente por el Gobierno de Therán, han pasado por territorio persa para ir á reforzar las tropas que se hallan sobre la frontera afgana, y que el gobernador persa de Sarakhs se muestra muy favorable á los rusos.

Es decir, que continúan las negociaciones y continuarán meses, tal vez años, hasta que la diplomacia cierre sus carteras y los cañones abran sus bocas para decir la última palabra.

El fiasco de los ingleses en Egipto continúa haciéndose cada día más patente. Sigue la evacuación del Sudán á toda prisa.

Todas las tropas que había en Mevasen han empezado á descender el Nilo en botes, marchando la caballería por la orilla; de Suakin han partido también otros regimientos; y si no sale hasta el último soldado inglés, es porque no sabe con qué tropas ocupar el pueblo.

El hecho es más grave de lo que á primera vista parece. «Con el abandono del Sudán, dice una carta de cierto diplomático que reside en el Cairo, quedan sin defensa los grandes intereses que en aquellas provincias tenían muchos pueblos cristianos, y la civilización retrocede. De cuarenta años á esta parte se ha hecho mucho por civilizar el Sudán, y no ha sido, por cierto, el Gobierno egipcio el más contrario á esa obra de cultura, antes bien, ha favorecido los esfuerzos y ha recompensado los sacrificios, tanto en tiempo de Said-Pachá, como de Ismail, Abbas, etc. Hoy todo ha desaparecido al abandonar la empresa de pacificar el país; la barbarie ha triunfado, y un fanático árabe que se apellida profeta se ha impuesto á la soberbia Albión y ha hecho retroceder sus huestes, confinándolas á Wady-Halfa, derrotadas y fatigadas sin ventaja alguna, y sí con el remordimiento de haber empapado de sangre aquellos desiertos, con el de no vindicar la muerte de tantos héroes, con el de haber desmembrado el Egipto haciéndole perder cuatro hermosas y ricas provincias y con el de haber entregado el país á la más vergonzosa anarquía.»

El fracaso de la conquista inglesa en el Sudán prueba que no bastan las armas para abrir paso á la civilización en los países salvajes; es necesaria una fuerza mayor, que es la que dió á España la posesión del Nuevo Mundo: la fuerza de la Religión, las campañas pacíficas de la Cruz.

El acto de impiedad llevado á cabo en Francia de quitar el culto católico á Santa Genoveva para enterrar allí el cadáver de Víctor Hugo, ha tenido una elocuente protesta en el discurso pronunciado el día 28 en el Parlamento por el Sr. Conde de Mun, diputado del Morbihan, uno de los oradores católicos más enérgicos y respetables de Francia.

No conocemos el texto del discurso; pero juzgamos de su mérito por el entusiasmo que ha despertado entre los buenos y por lo que dicen de él todos los periódicos de París.

El conde de Mun acaba de ser honrado por Su Santidad con la gran cruz de San Gregorio en premio de sus servicios á la Iglesia.

También Su Eminencia el Cardenal Guibert ha protestado enérgicamente contra la secularización de Santa Genoveva, demostrando la falsedad de la fórmula con que se ha hecho; pues decir que se *restituye* la iglesia á su primitivo destino es desconocer á sabiendas la historia y la verdad de los hechos. El primitivo destino de la iglesia de la patrona de París, mandada construir al gran arquitecto Soufflot por Luis XV cuando convalació de una grave enfermedad, que le retuvo en Metz largo tiempo, fué para iglesia católica, como no podía menos de ser en aquel tiempo, y es de advertir que el nuevo edificio se levantó en el mismo lugar donde se elevaba antes la iglesia de Santa Genoveva, que fué demolida por su estado ruinoso. De modo que el primitivo destino del Panteón, mírese como se quiera, fué para iglesia católica.

La gruta de Lourdes parece el pararrayos de la justicia divina, inflamada por las impiedades que se cometen en Francia. Estos días ha redoblado el fervor de las peregrinaciones. En la actualidad, se agrupan ante la sagrada roca tres numerosas pere-

grinaciones: una compuesta de setecientos peregrinos belgas, entre los cuales figuran cuarenta pobres enfermos, todos incurables, á quienes los ricos costean el viaje; otra de trescientos holandeses, y la tercera de mil trescientos franceses de Lyon y sus alrededores.

Huyendo de los escándalos de París, la piedad antigua se guarece en una gruta de los Pirineos.

Aunque los periódicos franceses no dicen ni una palabra acerca de China, embargados sin duda con la muerte del infeliz Víctor Hugo, los ingleses nos dan noticias que, sin sorprendernos, nos prueban que la guerra franco-china no ha terminado para siempre. Dice un despacho de Shangai que Francia ha presentado á China una lista de las condiciones que exige para la paz. De las diez pretensiones que presenta Francia, China acepta siete y rechaza tres.

Luego la paz peligra. Este temor nos inquieta por nuestras Misiones.

Rusia, en su competencia con Inglaterra, se lanza á grandes empresas. No ha sido pequeña la que se inauguró el 27 de Mayo último, que consiste en la unión de San Petersburgo con el mar por medio de amplio canal marítimo.

Los diarios de aquella capital publican largos relatos de la inauguración, á que asistió el Czar y toda la familia imperial. Los emperadores, después de las preces religiosas, ocuparon una chalupa de vapor que los llevó á bordo del gran yacht imperial *Derjava*, pero en aquel momento una gran tempestad puso fin á la ceremonia oficial.

El yacht imperial, que á consecuencia de la lluvia tuvo que permanecer estacionado en la embocadura del canal, pudo á los treinta y cinco minutos de espera partir en medio de una salva de artillería, para Cronstadt, donde se habían concentrado más de cien acorazados, monitores y cañoneros.

Los católicos eslavos, á pesar de la actitud poco benévola del Gobierno ruso, continúan celebrando el milenario de su apóstol San Metodio. Ha comenzado el segundo ciclo de las fiestas. Praga ha enviado su peregrinación, compuesta de 300 seglares, á cuya cabeza marcha Mons. Schwars, coadjutor de Praga.

Estos peregrinos han sido recibidos en todas partes con entusiasmo.

La próxima peregrinación será la de los croatas, dirigidos por Mons. Strosmeayer.

Los progresos del catolicismo en los Estados Unidos proporcionan á la Iglesia frecuentes triunfos. Por tal ha de tenerse la conversión del Dr. Huson, uno de los predicadores más estimados en la Iglesia episcopal anglicana del Estado del Milwaukee.

La conducta ejemplar de este pastor, sus costumbres austeras, su amor á los pobres, su caridad para con los enfermos y desgraciados en general, le habían preparado para recibir la gracia de la conversión, que se efectuó durante la enfermedad de que se sintió acometido en Memphis, donde cuidaba á las víctimas de la fiebre amarilla, y donde á su vez ha sido cuidado por las Hermanas de la Caridad.

Al levantarse de la cama, dedicóse á leer los libros sagrados, y algún tiempo después declaraba que era católico.

Actualmente se halla en camino para Inglaterra, donde piensa entrar en la Compañía de Jesús ó en alguna otra orden religiosa.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 30 de Mayo de 1885.



LEVADO por mi afición particular, y quizá movido también por circunstancias del momento, indiqué en mi primera carta de Roma que la morada pontificia ha sido siempre, y sigue siendo, el asilo de las Bellas Artes, en prueba de lo cual hablé del monumento conmemorativo del Concilio Vaticano que ahora mismo se está levantando en el jardín de la *Pigna*; pero acaban de ocurrir dos hechos que parecen acusar lo incompleto de mi proposición, corregir un involuntario olvido y declarar altamente que no sólo el arte cristiano, sino también las ciencias y las letras, son deudoras, aun actualmente, á los Sumos Pontífices. Como en años anteriores, el lunes de la semana última presidió Su Santidad la solemne sesión teológica que tuvo lugar en la Sala Clementina; tomaron parte en ella tres Prelados, presentando bajo forma escolástica, muchas y sutiles objeciones contra las tesis de teología dogmática, cuya defensa estaba encomendada á tres estudiantes del colegio de Propaganda; he aquí el primer hecho de los citados arri-

ba, pues mientras confirma que la Iglesia católica no rehusa honrar los estudios superiores, demuestra además con sus circunstancias peculiares el particular esmero que tiene en favorecerlos. Nuestro Santísimo Padre León XIII; en efecto, uno de los alumnos á cuyo cargo corría el certamen científico, recordaba con su presencia la fundación del Colegio Armenio, que es una de las obras debidas á la munificencia del actual Pontífice, y por otra parte, la brillantez misma del ejercicio que presenciaban varios Cardenales, muchos Prelados y numerosas comisiones de seminarios, indicaba una vez más el acierto tenido por Su Santidad al presentar en su memorable Encíclica *Aeterni Patris* á Santo Tomás de Aquino como perfecto modelo y dechado para quien quiera renovar en su antiguo esplendor los estudios de la filosofía y de la teología.

Pero llama aún más la atención otro hecho encaminado á robustecer los sentimientos de gratitud que han de profesar los sabios á los Romanos Pontífices, y es la carta que acaba de dirigir León XIII al Emmo. Sr. Cardenal Parocchi, Vicario general de Roma. Considerando el sabio Pontífice que la verdad penetra con más facilidad y queda más profundamente impresa en el espíritu cuando resplandece con el brillo del lenguaje y de las cualidades oratorias, no vacila en anunciar su deseo y propósito de que también los estudios literarios florezcan cada día más entre el clero, y sean llevados á una vida nueva, á cuyo fin dispone que en el pontificio Seminario Romano se abran cursos especiales para los jóvenes que hayan dado pruebas de más talento y de más amor al estudio, para que puedan alcanzar un grado más elevado y más perfecto en la literatura italiana, latina y griega. Con la fundación de estas nuevas cátedras, Su Santidad viene á hacer en favor de las Bellas Letras lo que hace seis años hizo respecto á la ciencia de lo fundamental, añadiendo en el plan de estudios del mismo Seminario de San Apolinar la asignatura de *Filosofía superior*; ya se indican los profesores cuyo talento y actividad ha de consagrarse á la realización del designio del Padre Santo; pero como hasta la inauguración del nuevo curso académico, que ha de verificarse en el próximo Noviembre, no puede llevarse á efecto la pontificia medida, bástame por hoy haber indicado los recientes desvelos de Su Santidad para el progreso de las ciencias y de las letras, con el fin de que los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA reconozcan en Roma el santuario constante de las ciencias, á la vez que el asilo particular de las Bellas Artes.

No se me oculta, por desgracia, que, frente á la solicitud del Papa en favor de esta ciudad, trabajan mucho las sectas para ver de quitar á Roma su carácter religioso, y hacerle olvidar lo intimamente convexa que está su grandeza con la protección y favor que puedan dispensarle los Papas; ahora mismo se ha convocado aquí un Congreso internacional masónico para celebrar los aniversarios de Voltaire y de Garibaldi, preparando á la vez la creación de un monumento á Jordano Bruno; mucho se teme vayan á renovarse en esta ocasión los insultos al Papa y á la Religión, pues para aquí se han dado cita caracterizados masones de Italia, Francia, Inglaterra y Bélgica; pero los católicos de Roma acaban de interponer en su auxilio la intercesión de San Gregorio VII y de San Felipe Neri: mucho merecieron ambos santos de Roma, por haber sido Hildebrando el Papa que desde el tiempo de los Apóstoles tuvo más que trabajar y sufrir en defensa de la autoridad y prerrogativas de la Silla Apostólica, y por haber alcanzado Felipe el título de *nuevo apóstol de Roma*; hay que reconocer, sin embargo, que, con motivo del centenario de San Gregorio, se ha visto muy concurrida la Basílica Vaticana el día en que el Cardenal Arcipreste ofició de pontifical en honor del gran vencedor de Canossa, y se ha verificado lo mismo en la *Chiesa Nuova*, ya por la mañana de dicho día, celebrándose ahí comunión general, ya particularmente al día siguiente, para venerar las reliquias del santo y bendito fundador del Oratorio. Me dicen también que se prepara una iluminación general para la noche del día del *Corpus*, en desagravio á Nuestro Señor, y protesta contra el reciente ukase del gobernador de Roma, que prohíbe el acompañamiento solemne del Santo Viático á los enfermos.

Ved aquí la aplicación literal que tienen en Roma las palabras de San Agustín: «Dos amores edificaron dos ciudades; el amor de sí mismo, hasta el desprecio de Dios, edificó la ciudad terrena; el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, la celestial.» Quiera Dios queden pronto inutilizados los esfuerzos de los adversarios, y sólo el reino de Jesucristo permanezca firme y entero en la capital del mundo católico.

J. M.

1 Véase la *Crónica Universal*.

LOS GRABADOS

EXCMO. SR. D. JOSÉ ZORRILLA

Célebre poeta español.

El domingo 31 de Mayo último, tomó posesión de una silla en la Real Academia Española el famoso poeta Zorrilla, uno de los más populares que ha habido en España, no sólo en este siglo, sino en los anteriores. No es este el lugar de emitir un juicio acabado sobre el autor de tantas obras popularísimas en España; pero si diremos que lo que ha contribuido á formar la popularidad de Zorrilla ha sido su carácter eminentemente nacional, sobre todo en su buena época, pudiendo decirse de él que ha sido en nuestro tiempo el continuador de la poesía popular de los antiguos romances y de nuestras tradiciones cristianas.

La vida de Zorrilla, contada por él en tres tomos, que se intitulan *Recuerdos del tiempo viejo*, es casi tan popular como sus poesías, y nadie ignora el catálogo de sus principales obras: de *D. Juan Tenorio*, de *El Puñal del Godo*, de *El Zapatero y el Rey*, del poema *María*, á la *Alhambra*, las *Leyendas*, etc., etc.; obras que han sabido de memoria dos generaciones, y que aun hoy tienen, no obstante el cambio de los tiempos, partidarios muy entusiastas.

Zorrilla frisa hoy con los setenta años. El retrato suyo que publicamos le representa como está hoy, y es exactísimo.

VISTA DEL PUERTO Y CIUDAD DE SUAKIM EN EL MAR ROJO,

Donde los ingleses han establecido su cuartel general.

El territorio del Sudán egipcio, que tanto ha dado que decir con la célebre insurrección del Madhi y las expediciones inglesas, llámase también Nubia y se halla limitado al N. por el Egipto, al E. por el Mar Rojo, al SE. por la Abisinia, al S. por el país de los Gallas y de los Schillouks, al SO. por el Darfur, y al O. por el Sahara. Mide 1.400 kilómetros de N. á S., y 800 de E. á O. La población está valuada en tres millones de habitantes. El Nilo Blanco atraviesa el Sennaar, la Nubia de S. á N., y recibe por la derecha el Nilo Azul y el Atbarah. El clima es cálido y seco; en Abril sube la temperatura á 45° á la sombra.

Tal es el país donde se han librado los últimos combates por el ejército inglés, el cual ha tenido que retroceder al puerto de Suakim, en la costa del Mar Rojo. Suakim, capital de una provincia del Sudán, es población de 8.000 habitantes que se dedican á la pesquería de perlas, al comercio de esclavos y de café de la Arabia.

En esta pequeña ciudad, de clima nada saludable, es donde se han guarecido los ingleses; pero aun en esta última trinchera son asediados por los insurrectos del Sudán, que avanzan hasta las mismas puertas de la plaza. Hoy Suakim es la llave de la Nubia y tiene una importancia excepcional por su posición en el Mar Rojo, por donde hacemos el comercio del Asia. Esta es la razón por que los ingleses se mantienen allí y por lo que los italianos han ocupado posiciones en la misma costa inhospitalaria.

Suakim está llamado á figurar largo tiempo en las negociaciones diplomáticas y militares de Egipto.

CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BURGOS

El año de 1539, al amanecer del 4 de Marzo, se vino al suelo el primitivo crucero de la preciosa catedral de Burgos. Era Obispo á la sazón el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Toledo, religioso de la Orden de Santo Domingo, é hijo de los Excelentísimos Sres. Duques de Alba, con cuya ayuda, la del Cabildo, del condestable de Castilla, de la ciudad y de varios caballeros, volvió á reedificarse. Fué dirigida esta obra, según Cean Bermúdez, por el maestro Juan de Vallejo, y tal vez con la cooperación de Felipe de Borgoña. Duró veintinueve años, hasta Diciembre del 1562, en que se acabó. Costó 20 768.530 maravedíes viejos, que equivalen á 305.419 pesetas de nuestra moneda.

Por la época en que se hizo, pertenece al más puro estilo plateresco, que tan hermosas obras produjo en el reinado de Carlos V.

Consta de cuatro pilares muy fuertes, grandes y elevados, que llegan con una misma proporción hasta las bóvedas principales. En ellos, fuera de otros preciosísimos adornos, hay varias imágenes de apóstoles y doctores repartidos con mucho orden y concierto por todos sus lados, metidos en ornacinos ó medallones de gracioso aspecto. Sobre estos cuatro pilares, cada uno de los cuales consta de tres cuerpos, empiezan los cuatro fortísimos arcos sobre que estriba toda la fábrica construída de piedra blanca. Sobre los arcos, en el zócalo del cimborrio, campean los escudos de armas de la iglesia, de la ciudad, del reino y del Obispo D. Juan de Toledo. Sigúense tres órdenes de corredores, entre los cuales hay en cada ochava una gran vidriera ricamente labrada, con florones, estatuas, grecas y otra multitud de prolijos adornos. Por remate de todo, se ven los nervios de la bóveda, tan esbelta y graciosamente cruzados, que causan admiración y encanto.

Por la parte exterior guarda este preciosísimo crucero el mismo orden en ventanas, corredores, éfigies, florones, cornisas, frisos y demás molduras. De los mismos pilares se levantan cuatro agujas tan altas como todo el edificio, y en los remates de cada ochava se elevan otros de mucha altura que terminan en unos ángeles de tamaño natural, que soportan otras tantas veletas.

Cierran por bajo esta parte de la catedral dos grandes rejas de bronce que mandó fabricar á su costa el Ilustrísimo Sr. D. Manuel Francisco Navarrete, que convienen con el estilo de la fábrica arquitectónica.

El grabado que ofrecemos á nuestros lectores de este

grandioso monumento está tomado de fotografía, y no deja nada que desear en cuanto á la exactitud y perfección de la copia.

EL CONDE DE MUN,

Fundador y presidente de los círculos católicos de obreros en Francia, y autor de la elocuentísima protesta contra la secularización de la iglesia de Santa Genoveva en París.

Aun no hace dos meses que el insigne conde de Mun llevaba á los pies de Su Santidad una peregrinación numerosa de industriales franceses, representantes de más de cuarenta mil obreros. El Papa recibió este homenaje con singulares muestras de agrado, tributando al ilustre Conde los elogios que por su amor á la Iglesia merecía. Quince días hace que recibió este noble campeón de la verdad la gran cruz de San Gregorio, acompañada de una hermosísima carta en que Su Santidad celebraba con frases de entrañable cariño la fe, el celo, la actividad y los talentos del conde de Mun.

El cual no podía permanecer, y menos con tales estímulos, indiferente ante la profanación de la iglesia de Santa Genoveva; y en un elocuentísimo discurso pronunciado en las Cámaras, ha protestado contra el ultraje inferido á las creencias del pueblo francés y á la santa Patrona de París.

El conde de Mun tiene cuarenta y tres años; fué en su mocedad oficial de caballería; y retirado luego del ejército, se dedicó por completo á la defensa de la Iglesia, tomando como principal esfera de acción la moralización de la clase obrera, tan asediada por la impiedad moderna. Es el Conde un católico que cree y practica, y su punto de vista es siempre Roma, adonde acude á demandar consejo y aliento para batallar noblemente por la Iglesia, y de donde recibe el impulso que le mueve en tantas obras buenas.

En triste situación se encuentra la Iglesia en Francia; pero por eso mismo son para ella un gran consuelo hombres tan fervorosos, activos y elocuentes como el conde de Mun.

LA LUCHA DE SIEMPRE

AL SR. D. FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO

BIEN sé, ¡oh querido poeta y doctor insigne! que no soy el amigo N. á quien enderezó usted el plañidero artículo publicado en uno de los recientes números de este mismo periódico; pero quejas lanzadas á los cuatro vientos otorgan á cualquier ciudadano el derecho de recogerlas, y aquí estoy yo, que me lo tomo, tal vez porque el negocio en que tan diestramente ha puesto usted mano me llega también á las entrañas del entendimiento..., y no digo del bolsillo, por no rebajar la alcurnia del sujeto á los términos ordinarios y groseros de la industria.

Todo cuanto usted dice en su bello artículo es verdad dolorosa é incuestionable. Hablar de literatura en estos tiempos y recrearse en sus frutos, es como emplear la lengua y el regocijo en la inmundicia. Diluvio de abominaciones cae á toda hora sobre el campo amenísimo de las Bellas Letras, y donde debiera verse tierra vegetal productora de lozanas y verdes plantas, sólo se ve capa ardorosa de lava, sobre la cual se colocan artificiosamente tiestos de fingidas é inodoras flores de vil trapo ó papel endeble, con que se engañan los ojos del incauto y desapercibido vulgo, y á veces aun los del hombre que de entendido se precia.

Nunca jamás se han ponderado tanto las bellezas de la realidad ni le han salido tantos apóstoles al llamado naturalismo, y nunca jamás ha ejercido lo falso mayor imperio sobre el ánimo de las gentes. Falso es el mundo que se pinta en las regiones del arte; falsa la humanidad que interviene en las acciones imaginarias del drama y la novela; falsos los resortes que se emplean para sorprender al público y admirarle ó conmovérle; falsos y pífidos los efectos que se producen en la escena ó en el lienzo, y falsísimos hasta más no poder esos *problemas* que novelistas y dramaturgos á porfía plantean en sus obras, ya pretendiendo resolverlos fuera del eterno orden moral y de las inflexibles leyes de la lógica, ya dejándolos intencionalmente sin solución para que el público se figure que no la tienen sino en lo que siempre se ha considerado como crimen ó á lo menos como infracción de la ley divina.

Y no es maravilla que así suceda, porque, si bien se nota, vive la generación presente en atmósfera tan densa de falsedad y mentira, que por fuerza el arte, reflejo fidelísimo del mundo en que nace y crece, ha de ser su falsa y mentirosa imagen. ¿Qué más? Hasta las bases en que se funda el moderno organismo social son falsas como moneda de plomo, y es falso el patriotismo de que alardean los hombres públicos, y falsos los derechos con que se embaucan al soberano de chaqueta ó blusa, y falsas la mayor parte de las reputaciones creadas por la falsa vocinglería del periodismo industrial y ligero.

Epoca de *double* y *nikel*, sólo por excepción se encuentran los metales preciosos en las joyas que el arte pone á la venta.

Pero, amigo queridísimo, si todo esto es verdad,

tan verdad como lo que usted afirma en su artículo de 15 de Mayo, también lo es que el *corazón entero* y *generoso* no debe doblar nunca la rodilla al injusto poder de la mentira, sino pelear con ella á brazo partido y disputarle el terreno palmo á palmo, como á alevé conquistador, llevando siempre por delante el principio de que la batalla es obligación del hombre y la victoria arcano de Dios.

¿Qué sería de este mismo periódico en que escribimos si, desalentado por la competencia asoladora que le hacen otras cien publicaciones ilustradas, propias para corromper á cien generaciones, siguiera el ejemplo de usted? Pues sin pérdida de minuto anunciaría á sus lectores que buscasen otro que les divirtiese más, y pasaría al inmenso panteón en que yacen tantas obras buenas muertas al nacer por mano de la inconstancia ó heladas por el frío del desaliento.

Y quien dice de esto, por tenerlo cerca, dice también de esas modestas y saludables fundaciones que el espíritu cristiano opone á los trabajos perseverantes de la iniquidad, porque á poco que nos fijemos en ello, veremos que el bien bracea siempre contra la corriente desde aquella infausta hora en que el hombre abrió las puertas del mundo al genio de Satanás.

Esta lucha es la historia del linaje humano; redúzcala usted á los estrechos límites del arte moderno español, á la vida del escenario ó de la novela, de la pintura ó de la música, ó ensánchela á la condición social de los pueblos, á la marcha universal de la política ó al inmenso campo en que la Iglesia pelea, desde sus últimos baluartes, contra todas las potestades del infierno conjuradas para abatirla y aniquilarla, y en todas partes verá usted el mismo fenómeno: el mal paseando con arrogancia por el dilatado territorio de sus conquistas, y el bien trabajando modesta, pero incesantemente, desde su rincón para que siga brillando la luz sagrada de la verdad en medio de las tinieblas palpables que la rodean.

Y los que, por misericordia de Dios, amamos el bien, ¿tenemos derecho para desertar del campo de batalla y dejárselo todo entero al enemigo? No. Ni es lícito siquiera el desaliento, porque cuando supiéramos que de la lucha habíamos de salir forzosamente descalabrados, en ella debíamos persistir con tenaz empeño, como quien sabe que no menos gloriosas que las victorias suelen ser las heridas que se reciben en una jornada sin fortuna.

Además, ¡oh docto amigo! considere usted que el público (y con esto vuelvo á lo principal del asunto) ha sido siempre, con poca diferencia, lo mismo. Págame de lo que le deslumbra y alborozca, sin tener cuenta para nada con los medios que á este fin haya empleado el artista que se desvive por complacerle; y si en semejante razón habían de fundarse los verdaderos amantes de lo bello para renegar de los trabajos artísticos, pareceme que el mundo no hubiera llegado á deleitarse con *La Divina Comedia*, con el *Quijote*, con el *Hamlet*, con *La Vida es sueño* y otros maravillosos frutos del ingenio humano que serán perpetua admiración de los mortales. El verdadero artista no debe trabajar para el público de un día ó de una noche; trabaja de ordinario para satisfacer una necesidad de su alma, y si algo de esa alma ha puesto en su obra, seguro puede estar de que con el tiempo su obra será estimada en su justo valor.

Todos hemos visto pasar á Rosales por el mundo poco menos que como un sér desconocido, á quien la *benevolencia* otorgó un premio para que muriera con algún consuelo. Otros, en cambio, llegaban al pináculo de la gloria, como si en ellos hubiera resucitado el espíritu de Velázquez. Pregunte usted hoy á los pintores por Rosales, y no habrá uno que no se descubra al pronunciar su nombre. Fué un gran pintor, y además un héroe. No quiso nunca sacrificar á los ídolos de la moda; conservó con religiosa escrupulosidad las severas tradiciones del arte, y si por esto no ganó ni la fama ni el dinero que merecía, por esto también se rinde hoy justo homenaje á la alteza de su genio y á la dignidad de su conciencia. ¿Cuántos pintores de chulos y toreros no ganan actualmente en París en un año tanto quizá como ganó Rosales en toda su vida! ¿Y qué? ¿Va usted, de resultas, á aconsejar á los pintores honrados que tiren las paletas y se dediquen á vender cacahuets en las esquinas?

Volvamos la vista atrás, y veremos al mismo fundador del teatro español, al gran Lope de Vega, escribir aquellos conocidísimos versos, que, si no honran la sinceridad artística de su autor, dibujan en cambio con indelebles rasgos la baja condición del soberano dispensador de famas y aplausos:

El vulgo es necio, y, pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Y ni aun así logró el prodigioso Lope que el vulgo con su necedad, y los demás con su discreción, le dieran lo que merecía, con haber él prodigado á todos, necios y discretos, los dones variadísimos de su inagotable fantasía.

«Tengo (escribía á su hijo en la dedicatoria de *El verdadero amante*) pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan conceptos. Yo he escrito novécientas comedias (quedábanle todavía quince años de vida), doce libros de diversos sujetos en prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sujetos, que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones y cuidados, perdido el tiempo preciosísimo, y llegará la *non intellecta senectus*, que dijo Petronio, sin dejarme más que estos inútiles consejos.»

Confesemos, amigo Paco, que con ser tan aborrecibles los tiempos en que estamos, si viviera hoy Lope de Vega, alternando lo discreto con lo necio, como entonces hizo, y escribiendo comedias á granel, habitaría casa suntuosa y tendría criados y carruajes, aun en esta pobrísima España; que á nacer en Francia me río yo de los veinte ó más millones de reales que ha dejado Víctor Hugo por vender su pluma al demonio.

¿Fueron, por ventura, más afortunados Guillén de Castro y Alarcón, dramático el uno de brioso arranque, y cómico el otro de exquisito gusto, de ordenadísimo entendimiento y de frase clara y limpia, como ninguno de sus coetáneos? No, á fe mía. Antes bien hubieron de sufrir amarguras sin cuento del público, que rechazaba sus obras, y de no pocos entendidos que las vituperaban.

Mentar á Cervantes es como traer de la mano á la desdicha misma y ofrecerla en carnes á la conmiseración de las gentes. Gozó de aplauso con su *Quijote* más que de los dineros que había menester para sus necesidades; pero él mismo se quedaría boquiabierto si viese hoy el universal renombre de su libro y los enormes caudales que con él han ganado editores, impresores y dibujantes.

Y esto sin hablar de los numerosos Comellas que entonces, como á fines del pasado siglo y en nuestros días, se llevaban de calle con sus desatinos á la multitud, y arrebañaban los cuartos que el vulgo tiene siempre á disposición de quien se pone á su nivel y le habla en el lenguaje de su natural grosería.

Efectismos extravagantes, telones, bailoteos, musiquilla de plazuela y fregadero, y caricaturas de personajes conocidos, son hoy ciertamente copioso manantial de aplausos y dinero en el teatro, como lo es el inmundo realismo en la novela y lo flamenco ó lo deslumbrante en la pintura. Pero nuestra generación ha visto al autor de *Los amantes de Teruel*, al



CARLOS WILLIAM SIEMENS. — Célebre electricista.

† en Londres.

de *El Trovador* y al de *El tanto por ciento*, y ve aún al de *La bola de nieve* y *Un drama nuevo*, y si no los ha enriquecido, porque aquí sólo hay riqueza para los agiotistas, los jugadores de Bolsa y los negociantes de manga ancha, los ha colocado en el número de los hijos predilectos de la patria; quizá con más apresuramiento que nunca para protestar de algún modo contra la invasión de la falsedad y de la embustería en las regiones luminosas de la literatura y el arte.

No hay, pues, razón para echarse en el surco y dejar al enemigo que lo domine todo á su antojo. La lucha de hoy es la de siempre. A eso, y no á otra cosa, hemos venido al mundo todos los hombres; el menestral como el artista, el sabio como el ignorante. Sembremos el bien sin pensar en el que ha de recoger la cosecha. ¿Que vienen los bárbaros y nos arrollan? Bueno. Sigamos luchando; y si caemos, que al caer nos puedan tratar como á vencidos, pero no insultar como á cobardes.

VALENTÍN GÓMEZ.

RECUERDOS DE VIAJE

LA PATRIA DE MURILLO



SIEMPRE he creído, pero en Sevilla me he confirmado en que Murillo es la representación genuína de la pintura española, en lo que ésta tiene de propio y característico. Ciertamente Velázquez le aventaja en la pureza del dibujo, en la franqueza del colorido y en otras cualidades externas, pero no tiene comparación con Murillo en la expresión de los sentimientos vivos, ardientes y entusiastas del pueblo español. Murillo pintó, por decirlo así, el carácter nacional en todos sus cuadros, esto es, la fisonomía moral y religiosa de España, dejando, por lo tanto, su gloria vinculada á la vida de su patria. Por esto se observa que, á medida que el sentimiento nacional se aparta del espíritu animador de los cuadros de Murillo, España pierde su carácter propio, el carácter que tomó en los monasterios de la Edad Media, donde tuvo su cuna la independencia de la patria, y donde se formaron los varones ilustres que acreditaron con sus obras el mérito de nuestra civilización católica.

Verdad es que Murillo, al desleir en su paleta y mezclar en sus colores la verdadera luz de España, la luz de la Iglesia, no hizo sino seguir la tradición artística de sus antepasados, que desde el siglo IX se mostraban por todo extremo religiosos y singularmente devotos de la Virgen Inmaculada. No obstante, cuando nació Murillo á principios del XVII, las corrientes que venían de Italia tendían á separar á la pintura española de su noble origen y de sus tradiciones venerandas, desviándola por las sendas del Renacimiento, que enturbió las fuentes del arte cristiano de la Edad Media.

Murillo restauró el monumento ruinoso del arte nacional; y no satisfecho con esto, lo levantó hasta el cielo, donde lograron penetrar en alas de la fe cristiana sus miradas y sus pinceles. Contemporáneo de Calderón, acudió como éste á los tesoros de la teología para enriquecer con sus luces inefables el fecundo jardín de nuestras bellas artes. Por esto ha sido llamado Murillo, y con razón, *pintor teológico*, como de los *Autos sacramentales* de Calderón se ha dicho que son la *teología representada*.

Este es el carácter peculiar, característico, exclusivo del arte español. Arte teológico por excelencia, no se arrastró nunca por el fango del sensualismo clásico, sino que se remontó á las nubes para sorprender con su mirada de águila las bellezas incomparables del cielo. Y á fe que Murillo llegó en su vuelo adonde no llegó nunca ningún otro pintor de la tierra, pues si el Beato Angélico iba, en expresión de Miguel Ángel, á tomar sus modelos en el



VISTA DEL PUERTO Y CIUDAD DE SUAKIM EN EL MAR ROJO, DONDE LOS INGLESES HAN ESTABLECIDO SU CUARTEL GENERAL.



CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BURGOS.

Ayuntamiento de Madrid

Paraíso, Murillo pintó el Paraíso mismo, con sus luces inefables y sus estáticos moradores.

Comparando las Vírgenes del Serafín de Fiesoli que hay en Florencia, con las Vírgenes de Murillo que se admiran en Sevilla, se ocurre una idea que confirma las antedichas. Hay en las Vírgenes del pintor italiano una dulzura, una melancolía, un candor que no tienen precio; son verdaderamente retratos de la Madre de Dios, traspasada de dolor por el cuchillo que profetizó Simeón; pero dolor suave, tierno, tranquilo, como todas las emociones de un alma limpia y pura.

Las Vírgenes de Murillo son otra cosa: radiantes de esplendor, alegres por la posesión de la gloria, muestran en su hermoso rostro el amor ardiente que la divina gracia les inspira. Fray Angélico pintó a la Virgen en su tránsito por la tierra: la Virgen de Belén, de Nazaret, de Jerusalén, la Madre Dolorosa del Calvario; Murillo pintó a la Virgen en el cielo, la Virgen que reina en el empero sobre los ángeles y los santos, estrella de la mañana vestida con el sol y calzada con la luna, la Madre Purísima del Verbo Encarnado. Fray Angélico vió a la Santísima Virgen con ojos compasivos, meditando en sus dolores, y Murillo la vió con ojos de entusiasmo y se recreó en su amor purísimo, como en la Madre del Amor Hermoso. Las Vírgenes del monje florentino parecen escualas del dolor cristiano, donde se aprenden la resignación y la mansedumbre con que se soportan y hasta endulzan los trabajos de la vida presente; las del pintor sevillano son, a mi ver, espejos del amor divino, donde se reflejan los rayos ardientes de la gloria; escenas, en una palabra, de la vida futura. De las tablas del Beato Angélico parecen destilarse las lágrimas suaves y sublimes del *Stabat Mater*; ante las *Concepciones* de Murillo, se cree percibir el canto amoroso y regocijado del *Magnificat*.

Acaso sea una apreciación infundada; pero me parece que este distinto modo de considerar a la Madre de Dios, señala la diferencia que existe entre el genio italiano y el español; pues mientras aquél tiene sus miradas sobre la tierra, aun tratándose de criaturas celestiales, éste las dirige al cielo, no satisfecho ni aun de la luz del sol para tintura de sus pinceles.

La pintura española ha sido siempre eminentemente religiosa, y religiosa con esta elevación de miras; cuando ha tratado de pintar la vida monacal, ha buscado el grado más alto de la perfección ascética en las caras pálidas y descarnadas de los frailes penitentes; de ello hay dos buenos ejemplos en los cuadros monacales de Zurbarán que guarda el Museo de Sevilla; cuando ha querido pintar la pureza y santidad del alma beatífica, ha subido hasta el Empero para retratar a la Virgen Santísima, en quien se reúnen todas las perfecciones imaginables; de esto son ejemplo, y ejemplo sin rival, las *Concepciones* de Murillo.

Nuestros artistas sabían muy bien, y no por deducciones estéticas, sino por lo que vale más, por inducciones cristianas, que, siendo la Religión vínculo estrechísimo que une nuestras almas con el Criador, nada puede ser más bello ni más sublime que los misterios de la Religión santa y las criaturas bien aventuradas que gozan en el cielo de la visión directa de la suma Bondad é infinita Belleza. Pero Murillo aun fue más lejos, porque inspirándose en la devoción de su patria a la Virgen Santísima, remontó su vuelo al Empero y contempló en las cumbres inaccesibles del ideal cristiano el rostro de aquella mujer incomparable, concebida sin pecado, bendita entre todas las mujeres, «radiante de luz de oro como la aurora», llena de gracia, hermosa sobre todas las cosas, según la aclama la Iglesia; la cual ha vestido al sol del cielo con la nube de la carne, en expresión de San Bernardo, y en cambio, vistela á ella este sol del cielo con los resplandores de su propia belleza. Ante esta sublime visión, Murillo sintió en su alma candorosa y ardiente arrebatos de celestial entusiasmo; y tomando en su mano el pincel, trató de reproducir en el lienzo la figura magnífica que enajenaba su corazón de amor y de gozo. Ved ahí las *Concepciones* de Murillo bañadas de luz de oro como la aurora, rodeadas de ángeles suspendidos en el espacio, donde flota con majestad y recato su manto azul, cortado del pabellón del cielo, cruzados los brazos sobre el pecho, como para contener sus latidos, suelto el cabello, erguida la cabeza, cándida y pura la cara, y los ojos elevados en un punto del espacio, donde sin duda contemplan el esplendor de la divina belleza.

Además de las muchas *Concepciones* de Murillo que guarda Sevilla, hay aquí otros distintos cuadros de este gran pintor que bastarían por sí solos á justificar su mérito y su fama. La gran sala del Museo provincial es un tesoro. Allí están reunidos la mayor parte de los cuadros que pintó Murillo para el

convento de Capuchinos, en cuyos claustros halló este gran pintor generosa hospitalidad siempre que llamó á su puerta. Y esta noticia me hace recordar un dato, que es bueno que corra y se vulgare, y es la declaración del protestante Sterling á propósito de la protección que los capuchinos de Sevilla y Cádiz dispensaron á Murillo. El literato inglés hace notar la protección dispensada á todos los pintores famosos por los frailes de España.

Murillo y Espinosa fueron protegidos especialmente por los capuchinos; Carducho y Zurbarán por los cartujos, y Rodas por los jesuitas. «Así resulta, dice un crítico racionalista al reproducir en un trabajo suyo esta noticia, de los datos que han llegado hasta nosotros.» ¿Y qué más datos que las obras mismas? preguntamos nosotros. ¿Estos admirables cuadros de Zurbarán y Murillo que se contemplan en Sevilla, ¿no están diciendo con grandiosa elocuencia que son fruto del genio de nuestros artistas, fomentado por la piedad de nuestros monjes? La hermosa figura de San Antonio con su sayal franciscano, repetida en tantos lienzos por Murillo, ¿no está revelando los lazos de amistad que existieron entre los frailes mendicantes y el Apeles sevillano?

Llamen los impíos oscurantista á la Iglesia, digan cuanto se les antoje sobre la ignorancia de los frailes, que mientras quede en el mundo un cuadro de Murillo ó de Zurbarán, los corazones sensibles y los entendimientos no alucinados sabrán vindicar á la Iglesia y á sus monjes de las calumnias de los corrompidos é ignorantes.

MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

CARLOS WILLIAM SIEMENS

Célebre electricista.

(Continuación.)

El gasógeno no ofrece resultados tan ventajosos cuando se aplica á las fraguas de láminas de metal y á las calderas de vapor, sin embargo, Siemens, no se desanimaba por eso, y hasta el fin de su vida continuó sus investigaciones; tan grande era su fe en su obra, y tal era su deseo de librar á los habitantes de Londres del humo negro y malsano de las fábricas.

Es sabido hoy día que la preferencia en la atmósfera de partículas sólidas facilita la condensación del vapor y la producción de esas espesas nieblas que dan á las ciudades de allende la Mancha un aspecto tan feo y tan desagradable; importa, pues, mucho resolver cuanto antes el problema de la fumivoridad de los hornos. Siemens había tomado la iniciativa en la curiosa Exposición de aparatos que se celebró en Londres en el año último; había provocado una gran agitación por medio de los periódicos y de conferencias; sus colaboradores decían al público que durante la semana de niebla, que fué la del 7 de Febrero de 1880, la mortalidad en Londres había excedido á la cifra ordinaria; desde hacía cuarenta años se recordaba á todo el mundo que cuando el sol no entra por la ventana, el médico llega por la puerta. Sir W. Gull escribía que en Inglaterra, como en Beotia, la niebla pesaba sobre las inteligencias, por más que se estuviera cerca del Parnaso ó del Helicón.

Esta campaña debía de dar sus resultados, y todo el mundo aguardaba la solución prometida por nuestra sabiduría; al 19 de Septiembre último, dijo Sir William Thomsom, uno nos preguntaba con ese tono que es tan conocido por los que cultivan las ciencias:

— Los sabios, ¿no podrán dejarnos libres de esas nieblas que apestan nuestras ciudades?

— Sir William Siemens se ocupa en ello, respondimos, y si vivimos algunos años, podremos verlo realizado.

¿No esperábamos que aquella misma tarde concluiría una existencia tan llena de esperanzas! »

II

Telegrafía submarina.

Á los trabajos de Siemens Jenkin Thomsom, Willoughby, Smith, Varley y Clark es deudor nuestro siglo de la unión de los dos continentes por un hilo telegráfico; la parte que corresponde á nuestro sabio en esta grande obra es considerable y absolutamente incontestable.

Se pensó primero en unir Francia é Inglaterra;

este proyecto se remonta al año de 1840; pero hasta el 16 de Octubre de 1850 no tuvieron comunicación telegráfica ambos países. La línea consistía en un alambre de cobre rodeado de gutapercha; este conductor había sido enrollado en una gran canilla colocada detrás de un buque en el fondo del mar de la Mancha, entre Douvres y el cabo Gris-Nez; en esta operación se emplearon menos de diez horas; pero el hilo se rompió contra las rocas de las playa y hubo que hacer otra cadena; se construyó un cable protegido por una cubierta de cáñamo retorcido con un cordón de diez alambres en forma de hélice. Este cable resistió durante nueve años á la acción de las olas y á las sacudidas de las áncoras de los buques.

El resultado de esta obra produjo un gran entusiasmo, y desde entonces se pudo esperar que la electricidad sería empleada para transmitir el pensamiento humano entre ambos continentes. Se colocó un cable en el fondo del Atlántico entre Irlanda y Terranova; el 17 de Agosto de 1857 se cambió el primer despacho entre las dos costas á través de una distancia de más de 3.300 kilómetros. El experimento era grandioso; desgraciadamente á los veinticuatro días de servicio el telégrafo quedó mudo.

No se desanimaron por esto.

Es verdad que los trabajos no se reanudaron hasta 1865; pero este intervalo de ocho años no fué enteramente perdido; variastentativas, la mayoría sin fruto, pero siempre instructivas, se hicieron en diversos puntos del globo. Tolón se vió al fin unido á Córcega, Barcelona á las Baleares, Port Vendres á Alger; se echaron cables en el mar Rojo y en el golfo arábigo. Se adquirió de este modo la experiencia necesaria para arriesgar de nuevo la inmersión de un hilo en el Océano en profundidades, por decirlo así, incommensurables. Se nombró en 1861 una Comisión por el Gobierno de la Reina, cuya lista contenía los nombres más autorizados de la Gran Bretaña. Esta Comisión se proveyó de todas las luces que estaban á su alcance; fueron interrogados los ingenieros que habían asistido á las operaciones precedentes; los electricistas estudiaron la cuestión y determinaron todas las cosas, cuyo conocimiento era necesario. Siemens publicó, en colaboración con Forde y Gisborne, un cuadro de la resistencia que presentan los hilos metálicos á la tracción. La relación presentada por la Comisión á la conclusión de estas investigaciones es uno de los documentos más interesantes en la historia de la telegrafía submarina.

Se tomó por modelo el cable que la Administración francesa había adoptado para la línea de Argelia; pero en lo tocante al empleo de materiales en la obra, sobre todo en el aislamiento y protección del conductor, se puso un cuidado escrupuloso que los malos resultados de los primeras tentativas justificaban demasiado.

El cable se componía de siete hilos de cobre, de medio milímetro de diámetro; la conductibilidad de este hilo debía ser constante. La envoltura aisladora se componía de cuatro capas de gutapercha, separadas por un baño de betún Chatterton, mezcla de guta y de brea de Stockholmo. Un rodete de cáñamo rodeaba esta vaina aisladora; después venía la armadura exterior de alambres, rodeados cada uno por una guarnición de cáñamo de Manila. El cable tenía un diámetro de 27 milímetros; cada metro pesaba cerca de un kilogramo, y resistía sin romperse una tensión de 8.000 kilogramos.

La historia de la colocación de este cable es sumamente interesante.

Se buscó en las aguas del Támesis el *Great Eastern*, que parecía condenado á la inacción desde sus desgraciadas travesías entre Inglaterra y los Estados Unidos; sólo este gigante de los mares podía llevar el cable de 4.500 toneladas que se trataba de colocar.

La expedición mandada por el capitán Andersón salió en los primeros días de Julio de 1865. Se habían tejido más de 2.000 kilómetros, y hechas las dos terceras partes del camino, se rompió el conductor y cayó al mar. No obstante la gran profundidad del agua en este punto, pues pasaba de 3.700 metros, se intentó sacarle del fondo con la ayuda de garfios, se le cogió cuatro veces, y otras tantas se rompieron las cuerdas. No hubo más remedio que abandonar la empresa y volver al punto de salida.

Hubo necesidad de 15 millones para construir un nuevo cable; los hacendistas tenían confianza y los dieron.

El cable no podía ser más ligero que el anterior, pero su resistencia llegó ahora hasta 9.000 kilogramos. El 13 de Julio de 1866, el *Great Eastern* volvió á salir al mar. Valencia era el punto de partida en las costas de Irlanda. El 29 de Julio se llegó dichosamente á Heart's Content, y un parte del presidente Johnston á la Reina, compuesto de 81 palabras,

llegó a Valencia en once minutos. Pero la obra no estaba concluida, porque faltaba saber si se podría sacar el antiguo cable y continuarle hasta la costa americana de modo a establecer un servicio continuo por medio de un doble hilo. El resultado sobrepuso a todas las esperanzas: el 8 de Septiembre la operación quedaba concluida.

Desde entonces se han colocado varios cables, y las más poderosas Compañías se disputan las ganancias de una explotación tan ventajosa¹.

¿Con qué interés trazáramos las dificultades que se han vencido para conseguir este resultado! Pero hemos de concretarnos a señalar los perfeccionamientos debidos al genio de Siemens y a su audaz y perseverante iniciativa.

El fué el que armó el *Faraday*, construido especialmente para colocar los cables. «He aquí, dijo sir William Thomsom, un buque que maniobra mejor que otro cualquiera, puesto que acierta en las difíciles y delicadas operaciones de echar y levantar un cable en profundidades de 4.000 metros, que en toda estación y en todo tiempo hace su servicio sin accidente ninguno, y este navío es obra de un hombre nacido en la Europa central, y cuya vida se pasó casi toda en estudiar la ciencia aplicada a la mecánica²».

Este entusiasta testimonio procede de un émulo, por mejor decir, de un rival, si posible fuera que hubiera rivalidad entre dos lumbreras de la ciencia igualmente ilustres, igualmente favorecidos ambos por la fortuna. El elogio honra tanto al que lo ha hecho como a la persona de quien se ha escrito.

Numerosas son las investigaciones que ha hecho Siemens en la telegrafía submarina; determinó la resistencia de la gutapercha, y demuestra que la presión considerable a la cual está sujeto un cable sumergido, aumenta considerablemente las propiedades eléctricas del aislador. Estudió las propiedades absorbentes del caucho para el agua; la presión afecta poco esta absorción, pero la temperatura la aumenta considerablemente. Combinó con mucho acierto el uso del caucho y de la guta para el aislamiento de los hilos, é inventó para este efecto una ingeniosa máquina. Su procedimiento consiste en utilizar la propiedad que tienen dos superficies de caucho, recientemente cortadas, de adherirse cuando después de haber sido juntas se someten a una fuerte presión. Largas láminas están soldadas unas a otras; se superponen del mismo modo varias capas de caucho, y teniendo cuidado de cruzar las juntas y de recubrir el todo con gutapercha por los procedimientos ordinarios.

(Se continuará.)

LA RECEPCIÓN DE ZORRILLA

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



ON pompa inusitada se celebró el domingo 31 de Mayo esta solemnidad en el Paraninfo de la Universidad central, habiendo concurrido al acto la corte, el Gobierno y un público numerosísimo, que se disputaba las sillas con indescriptible entusiasmo. A las dos en punto se abrió la sesión, que comenzó con la entrega del premio de una medalla de oro al señor D. Ceferino Suárez Bravo por su novela intitulada *Guerra sin cuartel*.

Acto seguido entró en el salón el célebre Zorrilla, que fué saludado con una salva de aplausos. No vamos a juzgar aquí su discurso poético, escrito en romance endecasílabo, porque sería tarea harto prolija: baste decir que la musa de Zorrilla frisa ya con los setenta años, y aunque conserva rasgos de su fisonomía juvenil, muestra también las arrugas que la vejez imprime, desfigurando en parte la belleza de sus pasados tiempos.

Para que nuestros lectores conozcan alguna parte de este discurso, que el autor calificó de *excéntrico*, copiaremos los principales trozos, es decir, los trozos que recuerdan al Zorrilla nacional y cristiano:

«Yo nací para amar y ser amado;
yo concebí desde mi edad más tierna
que el calor del hogar y la familia
es el solo que nutre y que calienta.
Mi alma fué del amor y de la casa,
no más por Dios para los goces hecha:
un rincón de la tierra con cariño,

¹ Se anuncia la apertura de un nuevo cable (Gordon Benpett-Mackay) para el mes de Septiembre próximo, cuya tarifa será una mitad más barata que las de las ocho Compañías existentes.

² *Revista Científica*, 8 de Diciembre de 1883.

³ Los cables trasatlánticos pueden resistir en algunas partes una presión de 500 kilogramos por centímetro cuadrado.

un techo propio en heredada tierra,
un heredado ajuar, un nombre oscuro,
ningún anhelo de mi casa fuera;
amigos, pocos; enemigos, nadie,
y una vida vulgar, honrada y quieta;
reunir á mis abuelos y mis padres
un día con mis hijos á la mesa,
juntos orar, sufrir y gozar juntos
el calor del hogar en paz perpetua,
fué mi bello ideal desde la cuna,
y no ví en el Edén de la existencia
más que luz, esperanza, poesía;
y eterno amor en juventud eterna;
y al sentirme la voz en la garganta,
la fe en el corazón, y en la cabeza
la ardiente inspiración, como la alondra
en himno matinal solté mi lengua;
y amé cuanto Dios puso en torno mío,
canté del universo la belleza,
el sol, la mar, los árboles, las flores,
cuanto absorto admiré sobre la tierra.
¡Bello es vivir! ¡La vida es la armonía!
exclamé; y comentando las sentencias
del Evangelio y de la Biblia, puse
en el hogar mi dicha venidera....

« Los versos de esta década han sufrido tal envilecimiento y decadencia, que al caer de la cumbre del Parnaso se han ido á encanallar á la taberna, y han procreado en el café flamenco una vil poesía callejera; todo está en verso ya: desde el anuncio del sermón, al cartel del sacamuelas.

¿Qué me vais á decir? ¿Que esta es, sin duda, grande verdad, pero que nada prueba?

¿Que los versos no son la poesía? No; pero son su vestidura regia: son de su jerarquía el atributo, la pedrería son de su diadema, de su manto real son los armiños: la poesía por el verso es reina.

La versificación es la cuadriga de corzas blancas en que va á las fiestas, la góndola de nácar en que boga y las alas del cisne con que vuela. El verso es noble y de divino origen; de los dioses no más habla la lengua; bebe con ellos néctar y ambrosía, calza coturno y desparrama esencias. Sólo en las Academias y Liceos, Ateneos y templos habló en Grecia, y en Roma con Horacio y con Virgilio bebió Falerno y conversó con César. El verso que anda á pie, que coge barros, fuma, se embriaga, y riñe en las plazuelas, no es el hijo de Apolo y de las Musas, es un ruñán de raza jitanesca; y llamar al lenguaje tabernario de sus ramplonas coplas chachareras y obscenos chascarrillos poesía, y á sus engendros bárbaros poemas, es poner manto real al barrendero, al mochuelo tomar por oropéndola, tomar por tulipán á la amapola y los huesos de dátiles por perlas: es á su real cuadriga enganchar asnos para acarrear á los establos hierba, en su concha poner huevos de rana y sus alas de cisne á la corneja.

Yo no hago versos ya: los dí al pueblo alzar al sol le hicieron la cabeza, y los poetas de hoy en nuevo rumbo de progreso social á entrar le enseñan. Los poetas de ayer éramos pájaros, hoy filósofos son, casi profetas: yo embelesé á mi pueblo con gorjeos, los de hoy el sol del porvenir le muestran.

Verdad es por su mal, ¡y es el castigo que da Dios á la altiva inteligencia! que va un turbión de audaces rapsodistas detrás del genio que descubre y crea; y al viciar y enlodar sus creaciones, va haciendo, al convertirlas en escuela, de la antorcha del genio lamparillas, del alma sol del porvenir linternas. »

« Nuestras costumbres de expansión y holganza, nuestra afición al ruido y á la gresca y nuestro afán de echarlo todo á broma, pienso yo que del siglo están ya fuera. Responder con el chiste al argumento; hacer arduas cuestiones bagatelas; darnos todos por grandes, y tomarnos por notabilidades y eminencias; juzgarlo todo sin pararse en nada; fiarlo todo á Dios y á como venga; dejar pasar la vida haciendo tiempo; tomar el sol punteando la vihuela y la gloria falsear, poniendo la honra de la nación de un diestro en la muleta, bien podrán ser costumbres nacionales, pero costumbres son que nos amenguan.

Una palabra más, y no temamos á la verdad por agria que nos sepa: va faltando lo serio en nuestra vida social, y el porvenir es cosa seria. Sí; ridiculizar todo lo bello, de todos los respetos hacer bafa y caricaturarlo todo, haciendo

oposición á todo por sistema, es traer al lodazal el blanco armiño, es á quien nacen alas tirar piedras, nada, en fin, respetar y osar á todo, no es progreso social, es desvergüenza. Treinta años ha se me hace una pregunta, me he resistido hasta hoy á dar respuesta: ¿Qué pienso de esta edad? No es ya misterio: si de-ella soy, ¿por qué no influyo en ella? Porque tal es mi sér; porque no abrigó ambición de poder ni de influencia; porque nací para vivir al fuego del hogar, y no al sol que agosta y quema. »

Terminado el discurso poético de Zorrilla, se levantó á contestarle el respetable marqués de Valmar con un discurso escrito en elegante, castiza y amenísima prosa.

Comenzó justificando la novedad — no absolutamente nueva é inaudita, porque tiene antecedentes en la historia de la Academia — de escribir Zorrilla su discurso de recepción en verso, y pasó luego á probar que la Academia no se ofende por las acusaciones y diatribas de los poetas independientes, como lo prueba el hecho de haber llamado á su seno por dos veces á Zorrilla, a quien jamás le ha sido la docta corporación simpática. El erudito Marqués, después de esta introducción, exornada de citas oportunísimas y amenas, entró en materia exponiendo algunos peregrinos y valiosos conceptos relativos al origen y vicisitudes históricas del *Don Juan Tenorio*, que, arrancando de la celda de Fray Gabriel Téllez, viene á coronar á Zorrilla con la nombría de una fama indeleble. Esta parte del discurso es notabilísima, y el Sr. Cueto demuestra en ella una vez más que es un crítico ilustradísimo, investigador incansable, concienzudo siempre, apasionado de la belleza que se corona con los laureles de la verdad y de la bondad, sin cuyas galas no puede el arte granjearse triunfos legítimos y duraderos.

Terminó el discurso con un breve, pero sustancial juicio de la poesía de Zorrilla, que en la lírica y en la narración ha rayado á incomparable altura.

Vamos á copiar, para concluir, un párrafo final del discurso:

« Zorrilla dice en su discurso que es acaso el único poeta de la edad presente que nada ha sido más que poeta. En efecto: con tales prendas de entendimiento, con tan popular auréola, con amistades tan encumbradas, con la protección casi constante de tantos poderosos, ¿qué ha sido Zorrilla? pregunta á veces la generación presente y preguntarán las venideras. ¿Ha sido diputado, ó senador, ó ministro, ó diplomático, ó gobernador de provincia siquiera? A esta pregunta contestará severa la voz del genio y de la gloria: todo eso lo es cualquiera. Con ingenio, con audacia, y sobre todo, con el soplo mágico de la fortuna, se alcanzan á veces esos cargos, que son blanco de tantos anhelos, y entre los contemporáneos luz de tan vivos resplandores. Si ellos son la meta y el asiento de la grandeza humana, Zorrilla no ha sido nada... Pero detrás de esa nada política y administrativa, hay algo más grande, más trascendente, más vividor y más hechicero que los honores y el poder: la lumbré divina de la inspiración en las artes y en las letras. ¡Dichosos los que no son nada y llenan el mundo con su gloria! »

V.

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

(Continuación)

EARTIÓ pues Doña Estefanía de Madrid á los 8 de Diciembre de 1669 con su madre y con Don Pedro Manrique su hermano, porque los demás hermanos ya eran muertos, fuera de la hermana menor de todos que era monja en Santa Isabel la Real de Toledo, y detuviéronse algunos días en Villaverde. En el camino al pasar de un arroyo se abrió la puerta del coche donde iba Doña Estefanía al estribo, y cayó en el arroyo, y pasó la rueda del coche por ella. Acudió aprisa Don Pedro su hermano, y tómalala por la mano entendiendo que se había hecho mucho daño; mas el Señor casi milagrosamente la guardó, y ella se levantó muerta de risa diciendo: hermano, no me he hecho mal ninguno; bendito sea Dios que buena estoy, aunque despues confesó que había temido que se hubiese hecho pedazos la pierna, porque la rueda del coche había pasado por ella.

Habíase confesado Doña Estefanía siempre con los Padres de la Compañía, que en aquellos principios había varones de mucha virtud y perfección, particularmente con el Padre Bartolomé de Isla, varón perfecto y conocido en la Corte por su singular religión, del cual fue instruida y enderezada

en las cosas de su alma y así sintió mucho el dejarle. Mas Dios Nuestro Señor la proveyó en Toledo de otro varón no menos diestro Maestro que fue el Padre Juan Manuel de Leon que á la sazón era Prepósito de la Casa Profesa de la misma Compañía de aquella Ciudad.

A este padre espiritual entregó Doña Estefanía su alma para que la encaminase y rigiese su conciencia conforme á la voluntad del Señor: y aunque él deseaba ayudarla por ver las grandes prendas, y dones, que tenía de Dios, todavía tuvo grandes dificultades, porque su Madre Doña Isabel no acababa de tragar, ni sosegarse, ni llevar con paciencia que su hija no se casase. Por esto no quería que saliese de casa en muchos días, ni que fuese á confesar á la Iglesia ni á oír misa sino en su Oratorio y que no tuviese aposento por sí, sino que durmiese junto á su cama, y que estuviese siempre á su lado, sin dejarla casi resollar, temiendo que no se matase (como ella decia) con demasiadas oraciones y penitencias. Pero con la obediencia, humildad, y alegría con que Doña Estefanía obedecía á su Madre, sin mostrar repugnancia en todo lo que le mandaba y con la prudencia y espíritu del padre confesor, finalmente se allanó la buena Señora; y se concertaron Madre é Hija que Doña Estefanía no dejara á su Madre mientras viviese; y que la Madre no tratara de casarla, ni la mandara traher galas, sino un hábito de doncella honesta y la dejara ir á la Compañía y confesarse con los Padres de ella, y atender á sus devociones, sin faltar un punto á su servicio.

Hecho este concierto, Doña Estefanía se confesó generalmente de toda su vida con grandes preparaciones, lágrimas y penitencias, y despues el día de la Purificación se comulgó é hizo voto de perpetua virginidad, ofreciendo su cuerpo y alma en sacrificio al Señor por manos de la Santísima Virgen madre suya. Esta vez la regaló el Señor; porque habiéndole ella hecho una humilde oracion, de rodillas y deprimando abundantísimas lágrimas de ternura le decia: Señor mío, yo sé bien que sin vos no puedo ser casta ni tener limpieza, si vos no me la dais. Suplícoos por vuestras misericordias que recibais esta mi alma y cuerpo que os doy y no me dejéis de vuestra mano porque os pueda servir todos los días de mi vida con limpieza, que para vos solo guardo y consagro mi carne y mi espíritu. Acogedme debajo de vuestras alas, y no permitais que en tiempo alguno os ofenda, ni me aparte de vos.

Y volviéndose á la bienaventurada siempre Virgen Maria Nuestra Señora como á defensora y abogada nuestra, madre de toda santidad y limpieza, comenzó á llamarla en su ayuda con palabras muy tiernas, como se vió en un papel suyo que se halló entre otros despues de su muerte, y aquí Cristo Nuestro Señor se la descubrió en el Santísimo Sacramento, y la declaró, que quería le tomase por esposo, y que él le quería á ella por esposa, y la animó mucho y consoló con notable esfuerzo, y con esto hizo voto con extraordinario gozo, y júbilo de su corazón sin reparar en la aflicción que recibiría su madre cuando lo viese á saber.

Estimó tanto Doña Estefanía este don celestial, y el haberse dignado Jesu-Cristo Nuestro Señor tomarla por esposa, que entre sus papeles se halló una oracion para hacerle gracias por ella, en la cual dice que quiso el Señor hacer el día de la Purificación á la mayor pecadora de todas y que no tenía ningún género de adorno de virtudes, esposa del Rey de la gloria, y Dios infinito, de modo que ella quedase por su esposa, y hacienda suya, y él por esposo de ella y verdaderamente suya, y su cabeza, y su capitán, y su guía y su amparo con cuidado de proveerla todo lo que para tal Esposa de tal Señor y tal Dios convenia. Y dice que la vida es muy corta para dar gracias por tal señalada merced, aunque no cesase de darlas en toda ella, y llama á los ángeles para que se junten con ella para ayudarla á dar gracias, y confiesa que las de ellos y de ellas todas juntas no serán suficientes respecto de lo que merece tan alta y señalada merced. Y muestra quedar con grandísima confianza que alcanzará de Cristo Nuestro Señor todo lo que le pidiere, pues se ha dignado él tomarla por esposa, y propone de no acudir á otro en sus necesidades sino á él, y suplica á Dios la de gracia para que perpetuamente le sea agradecida, no teniendo jamás otro querer que el de su esposo, y gobernándose por lo que fuere cierto ser su voluntad, y donde no tuviere certidumbre por lo que su padre espiritual que tiene en su lugar declarar. Y en agradecimiento de tan soberano beneficio cada año el mismo día de la Purificación hacia algunas particulares obras de devoción, y piedad y procuraba que otros las hiciesen, y dijese misas por ella.

Habiendo pues ofrecido al Señor la flor de su virginidad, y tomádole por esposo, determinó Doña Estefanía de entregarse totalmente á él, y gozar á solas lo más que pudiese de sus regalos, y abrazos

espirituales mirándole siempre, y estando atento á su voluntad. Puso mucho cuidado en guardar al pie de la letra los documentos que su confesor la habia dado, que fueron estos: Que procurase amar á Dios cada día más y más puramente, y buscar en todas las cosas su mayor gloria: Que se diese á continua mortificación sin cesar jamás en esto, y prosiguiese sus penitencias mientras Dios la diese fuerzas para ello: Que comulgase cada semana dos veces, y cuando estuviese enferma procurase le dijese misa en su oratorio, y recibiese á Nuestro Señor las dichas dos veces; y cuando viniese alguna fiesta muy principal pudiese añadir otra comunión más: Que se humillase mucho delante de Dios y de los hombres, y fuese muy aficionada á la santa pobreza, que Cristo Nuestro Señor con ser Señor de todo lo criado, amó, y escogió para sí con tan grande extremo y que aunque viniese á tener mucha hacienda y ser muy rica, siempre se tratase como si fuera muy pobre é hiciese todas las limosnas que pudiese por amor de Dios. Estos y otros semejantes fueron los avisos que su confesor la dió, y ella los guardó toda la vida con gran puntualidad y perfección como adelante se verá.

CAPÍTULO IV

De la oracion y de las gracias que Dios Nuestro Señor la comunicaba por medio de ella.

En lo que puso mayor estudio y más se desveló fue en darse á la oracion, y contemplacion del Señor, y regalarse y entretenerse familiarmente con su dulce Esposo. Porque aunque desde niña fue muy amiga de rezar (como habemos dicho) mas despues que el Señor la abrió los ojos, y la tomó por esposa, se dió tanto á este santo ejercicio que parece vivia de oracion. Cada día por la mañana tenía dos horas de oracion y para que su Madre (en cuyo aposento dormia) no lo echase de ver, daba cuidado á una criada para que la despertase, y ella se levantara: ibase á un aposento alto, y lugar apartado y tenía allí su oracion. Despues iba con su Madre continuamente á la Iglesia donde de ordinario estaba allí dos ó tres horas oyendo misas, y mientras tuvo fuerzas para ello hincada siempre de rodillas, y despues de muerta su madre aun se detenía más tiempo oyendo misas. Antes de cenar se recogía y tenía otras dos ó tres horas de oracion, y despues de la cena, que era muy moderada, gastaba otras tres horas en oracion sin que lo supiese su Madre; porque en acabando de desnudarse iba hacia su cama de modo que la Madre pensaba que se acostaba y ella disimuladamente se iba á su aposento alto, y retirado que era muy frio en invierno y muy caluroso en el verano. De suerte que cada día gastaba 7 horas de oracion mental, estando siempre de rodillas, y no pocas veces era tan regalada del Señor que se le pasaba la noche de claro en claro orando sin quedarla tiempo para dar al cuerpo el poco sueño que comunmente solia dormir, y alguna noche estuvo de rodillas seis horas continuas sin menearse más que si fuera de piedra. Estando enferma tambien se recogía dentro de sí los ratos que podía, y despues que sanó de una enfermedad muy larga, aunque quedó con muchos achaques, tenía muchas horas de oracion entre la mañana y la noche y de ordinario de rodillas; y despues que murió su hermano y le heredó sin embargo de las muchas ocupaciones que le sobrevinieron para el cumplimiento del testamento de su hermano y los pleytos, y administracion de la hacienda, cada mañana tenía casi el mismo tiempo de oracion, y quedaba con tanta hambre de ellas, que en dándole lugar los negocios se iba al lugar de su oracion y se ponía de rodillas, y hubo días que le sucedió esto mas de 12 veces, como quien tenía puesto todo su corazón y amor en su celestial Esposo, en quien solo hallaba descanso.

Ejercitábase muy particularmente en hacer gracias al Señor por las mercedes y beneficios que habia recibido, y continuamente recibía de su mano, y decia que eran tantos que no se podían contar, aunque ella se hiciera lenguas.

De esta continuacion en la oracion vino á alcanzar un don singularísimo de andar siempre en presencia de su Divina Majestad, sin divertirse que tenía á Dios presente, y aun cuando estaba ocupada en alguna visita ó negocio grave nunca le perdía de vista. Y fue esto de manera que el padre Don Juan Manuel su confesor escribiendo á cierta persona de mucha calidad, dice de Doña Estefanía que en la tierra vivía entre los ángeles y que allí era su continua conversacion. Y lo que causa mayor admiracion es, que con saberse de su propia boca que habia más de 30 años que casi jamás dejó de tener dolor de cabeza, y muchos ratos tan vehementes, que parecia se le hundía, no dejaba su oracion, ni perdía á Dios de vista, como si tuviera cabeza de bronce. Pero esta gracia ni se alcanza con fuerzas humanas, sino

con el favor y espíritu del cielo, que comunica el Señor á algunas almas que escoge para que estando con el cuerpo en la tierra vivan entre los ángeles y allí tengan su conversacion como la tenía Doña Estefanía.

De la Virgen Maria Nuestra Señora fue devotísima, y muy particularmente de su purísima Concepcion, y es cierto que desde que tuvo uso de razon, ningún día dejó de rezarle el Rosario por enfermedad ú ocupacion que tuviese. Tambien tuvo especial devocion con algunos Santos, como, con el Angel de su guarda, Santa Ana, Santa Maria Magdalena, San Esteban, San Joseph, San Juan Bautista, y el Evangelista, y San Ildefonso, á los cuales en su testamento llama patronos y abogados suyos, y les hacia fiestas en sus días, haciendo más larga oracion y mayores limosnas, y otras obras pias para honrarlos.

(Se continuará.)

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

En este momento, los flancos de la columna rusa se entreabrieron: se oyó un estruendo espantoso, y una nube negra, mezclada con reflejos rojos y lívidos, envolvió á los heroicos asaltadores. Cuando se disipó la nube y las balas concluyeron su carrera mortífera, se vieron extendidas por el suelo largas filas de cadáveres y de heridos. De resultas, un movimiento pronunciado de indecisión y de terror.

—¿Qué hacéis?—gritó Mlotek furioso, apuntando con su revólver á los huídos.—¿Tenéis miedo de los cañones? Vais á ver cómo se puede cogerlos...

—¡Kosyniers, adelante! Acordaos que uno de vuestros antepasados, Bartek Glowacki, kosynier como vosotros, labriego como vosotros, conquistó el solo un cañón en la batalla de Baclawice, y que, desde entonces, diez millones de voces celebran su nombre en nuestras arrogantes canciones nacionales.

Los kosyniers, electrizados por este recuerdo y por este valor, se arrojaron á su vez delante de los cañones. Despues, el mismo movimiento de los rusos, la misma detonación, los mismos rayos, el mismo silencio tan espantoso...

Pero esta vez, cuando se disipó el humo, se enteró Witold de que estaba casi solo.

—Comandante—le dijo entonces el jefe de los kosyniers aproximándose con tristeza—¿ensayaremos otra maniobra?

—Ya están tendidos sesenta de nuestros hombres, si continúa esto así, en una hora habremos muerto todos.

—Más vale morir de este modo—que no en el cadalso, me parece,—replicó Witold con furor. Pero tenéis razón; los rusos tendrían en poco nuestras vidas. Es menester que dure el placer más tiempo. Vamos, compañeros, formaos en pelotón de ocho ó diez, y cada pelotón á una cabaña.

Esta orden fué acogida con placer y ejecutada con prontitud, porque el valor de los polacos empezaba á flaquear. Durante algunos instantes, Mlotek se quedó casi solo, en pie, en el centro de la plaza, vigilando hasta que estuviera casi terminado este movimiento. Se apoyaba con frialdad en el pomo de su sable, clavado en el suelo, escuchando con indiferencia silbar las balas al rededor suyo y dar contra las paredes de las casas.

—¿No sería prudente, Witold, el velar por la seguridad del polvorín?—le dijo de pronto Tadeo, que acababa de parar su caballo á su lado.

—Tienes razón, amigo mío, porque tal vez será para nosotros un recurso precioso. Actualmente nos dará municiones; más tarde puede hacernos saltar en compañía de los rusos.

—Ven pronto, voy á hacerlo custodiar por algunos soldados.

Los dos se dirigieron hacia otro lado de la plaza. Súbitamente el caballo de Tadeo, herido por una bala, se cayó pesadamente.

—¿Estás herido, Tadeo? dijo Witold viendo caer á su amigo.

—No, ni el menor rasguño—respondió Oskierko levantándose.

—Entonces vamos, apresurémonos. No es que las balas me asusten; ¡pero á ti qué te vas á casar...! Sería muy triste morir antes de celebrar la boda.

—No hables de bodas, amigo... ¿Oyes la que los rusos me preparan?

En efecto, en este momento la columna ene-

miga, desembocando en la plaza del pueblo, empujaba un fuego muy nutrido contra todas las cabañas que servían de refugio a los insurrectos.

—Vamos, no desesperéis; ¿quién sabe cómo concluirá todo esto? Pero ved á Gregor y sus ocho kosyniers. Venid conmigo; tengo que daros un puesto de honor.

Los hombres siguieron á su comandante en la dirección del cortijo solitario donde habían depositado la pólvora y las municiones. Se encontraba un poco más allá del jardín, cerca del pequeño pabellón de piedra. Era ya de día claro, y los dos amigos percibían á lo lejos el techo de paja de este frágil edificio, que ningún enemigo había pensado aún ocupar. Las balas rusas se dirigían en esta dirección, y de tiempo en tiempo encontraba la pequeña escolta algunos cadáveres. Cuando se acercó Mlotek, uno de ellos pareció levantarse.

—¿Eres tú, Witold?—le dijo una débil voz de niño.—No te reconozco; me parece que tengo como una nube en los ojos.

Witold se inclinó hacia el herido para responder á este llamamiento, y reconoció á su joven secretario. Era Sigismundo, ya yerto y pálido, extendido en la hierba, la que enrojecía con su sangre.

—¡Eres tú, hijo mío!—le dijo con compasiva ternura.—Valor, ánimo, se te va á curar.

—Sí, dijo Tadeo, voy á mandar que se lo lleven á mi madre.

—Es inútil, me parece que me moriré aquí... Pero, escuchame, Witold, é inclínate... porque no puedo hablar alto... y sin embargo, tengo algo importante que decirte...

Witold, enternecido, se arrodilló al lado del herido.

—Dime, Witold, ¿dónde vas?

—Allá abajo, á poner centinelas cerca del polvorín.

—Esto es lo que yo pensaba... pero no vayas tú... ya es demasiado tarde.

—¿Cómo demasiado tarde? Lo han ocupado ya los rusos?

—No, los rusos no... ¿Pero sabes tú quién conduce á los rusos?

—No — respondió Witold sorprendido.

—Pues bien; es una mujer... Es la gitana... la madre de aquellos... ¿te acuerdas?

—¿De veras? — exclamó Mlotek poniéndose lívido. — ¿Y cómo la has visto?

—Café desde el principio del combate... Los rusos retrocedieron un poco después de vuestro furioso ataque; pero ella... ella no ha echado un paso atrás.

—Vosotros no habéis podido verla, porque se había escondido detrás de un matorral... Yo pude verla muy bien, porque pasó cerca de mí. Tenía la mirada extraviada, hablaba alto y llevaba una antorcha encendida... Iba hacia el polvorín, y decía: «Hijos míos, hijos míos, habéis sido muertos por él; pero vais á ser vengados.» ¡Si supieras el miedo que me ha causado, Witold! ¡La había ya visto así... cuando vino á nuestra casa... á pedirnos su hijo!

Aquí se detuvo el joven herido, y su cabeza cayó pesadamente sobre la tierra.

—He aquí un caso bien raro — exclamó Witold casi con despecho; — lo mejor que hay que hacer, me parece, es pasar adelante y no hacer caso.

—Sin embargo, comandante... — balbuceó el oficial Gregor.

—¡Callaos — respondió furioso; — le levanto la tapa de los sesos al que me aconseje ó al que murmure! ¿Creéis que yo voy á retroceder ante una mujer?

—Ante una mujer, no — dijo Tadeo con dulzura; — pero ante una muerte sin gloria, cuando te queda aún que cumplir una tan gran empresa hacia la patria... Mirad, Witold: pensadla mejor.

Las miradas de Tadeo se fijaron en el bosque de abetos que rodeaba al polvorín, y Witold, mirando hacia ese lado, vió salir de allí una mujer desgreñada. Agitaba por encima de su cabeza su antorcha, de la que salían llamas, y corriendo, dando vueltas, describía en el aire grandes espirales de fuego. Se hubiera dicho que cantaba para acompañar á sus ademanes y á su baile, era fácil creerlo al ver la regularidad de sus movimientos. Pero la distancia era muy grande para percibir sus palabras; y solamente de cuando en cuando, un soplo de aire dejaba oír alguna estrofa muy apagada de su canción:

No pidáis á la gloria alada
El brillar siempre sobre vuestras frentes escogidas,
¡Cuando este ángel rubio se ha remontado,
Ya no vuelve más!

A medida que daba vueltas, se acercaba más al polvorín; cada una de sus vueltas hacía la distancia más pequeña, más rápida. Tadeo puso su mano sobre el brazo de su amigo.

—Ya no hay que titubear, Witold; es preciso huir. O si quieres quedarte aquí, no te abandonaremos, y arrastrarás en tu inútil pérdida una decena de buenos combatientes...

—Huid, pues — dijo Witold con coraje. — Esta será la primera vez que Witold habrá vuelto la espalda al enemigo, y este enemigo es una mujer... Pero no partiremos solos; nos vamos á llevar á Sigismundo.

Se colocó al joven en una camilla formada con los mangos de las guadañas entrelazadas, y volvieron apresuradamente al pueblo. Al cabo de algunos instantes, el pobre niño abrió los ojos, reanimado con los dolores de sus heridas á causa del movimiento.

—¿Por qué me lleváis? — dijo con tono de reproche; — hubiera sido mucho más suave morir allá abajo, sobre la hierba... Ponedme en el suelo para que muera en paz.

—Aun no — respondió Tadeo, — hasta que estos me fuera del alcance del polvorín.

—Tenéis razón, Tadeo... Es menester salvar á Witold... porque á la patria le hace falta Witold. ¿Qué importa que á un soldado como yo le cueste un poco morir, si un valiente como él... vive para otros triunfos?

Después de cinco minutos de marcha, añadió:

—Es aquí donde podré... descansar?

—Sí — respondió Witold con voz conmovida.

Los kosyniers pusieron en el suelo al joven herido. En el mismo momento, una inmensa claridad rojiza iluminó la mitad del cielo, y la tierra tembló con una detonación formidable, que se prolongó en lejanos ecos... Después siguió á este siniestro resplandor un gran silencio.

—¿Lo ves, Witold? Tenía yo razón...; no debías acercarte al polvorín... Dame tu mano, porque... mi corazón se pára... y ya no te veo... ¡Te doy gracias, Dios mío... porque has permitido... que yo caiga allí... para avisarle, para... salvarlo... para conservarlo á la patria!

Esta palabra fué la última que salió de los labios de Sigismundo.

—Un mes hace que lo recibí de su hermano y de su hermana — dijo Mlotek apretando los puños, — y mirad lo que le llevarán de mi parte. Aun un muerto más amándote, ¡oh patria!

Volvieron á colocar el cadáver del niño en la camilla, y la pequeña tropa se puso de nuevo en marcha silenciosamente. Durante este tiempo, la situación, grave desde luego, se había vuelto desesperada; el valor de los combatientes encerrados en las chozas no se había debilitado; pero su número disminuía terriblemente. Es verdad que cada casita se había transformado en pequeña ciudadela, que los muebles, la leña, las provisiones amontonadas apresuradamente, habían servido para barricadas, mientras que por las estrechas ventanas, los tiradores apuntaban con precisión y sangre fría. Es verdad que, gracias á sus buenas carabinas y á estos abrigos improvisados, habían podido hacer en las filas de los enemigos destrozos considerables, y que los rusos habían tenido que conquistar el terreno palmo á palmo, dejando cadáveres para señalar los progresos de su marcha. Pero lo que también es verdad que en la mayor parte de estas cabañas las municiones habían llegado á faltar.

Muchos de aquellos combatientes, que no habían desesperado, mientras que habían podido enviar á los rusos su despedida bajo forma de balas, habían guardado para ellos su último cartucho y no habían entregado al enemigo más que cadáveres. Otros, más valientes tal vez, habían hecho por salir; pero muy pronto, rodeados por grupos superiores en número, habían sido destrozados ó cogidos. En fin, las chozas se habían incendiado, sea por accidente, sea por efecto del coraje de los enemigos, y los techos inflamados se habían desplomado enterrando á tantos héroes bajo los escombros.

¿Qué le quedaba ahora á Witold de su pequeño, pero valiente ejército? La tierra había bebido la sangre de sus soldados más valientes; los rusos se habían encarnizado sobre sus cuerpos, ó las paredes los habían enterrado bajo sus ruinas. ¿Quién podía traerles el socorro? Dios estaba demasiado alto, Rebaljo demasiado lejos... Sin embargo, Witold no quería ceder ante la evidencia de su desgracia. Se resignaría alegremente á morir si viniese la muerte; pero antes quería aún intentar nuevos é imaginarios combates.

—¿Hay armas en el dwor?—preguntó de pronto á Tadeo.

—Seguramente, y también algunos hombres: criados valientes y fieles que se defenderán y nos defenderán tanto como quieran.

—Está bien, vamos allí. ¡Oh! ¡este polvorín, Tadeo...! Nunca me consolaré; tenía un proyecto tan delicioso: dejar llegar á los rusos, y ejecutar en

montón el gran salto final...! Decidamente me vuelvo supersticioso, como ese pobre Sigismundo, de santa memoria. Juego á la desgracia positivamente con esa maldita raza de gitanos... Pero ya estamos en tu casa, Tadeo; encerrémonos en ella.

—Solamente me pregunto en qué estado encontraremos á tu madre.

Estas últimas palabras de Mlotek demostraban que tenía algunos temores relativamente á las disposiciones de la señora de Oskierko; pero hacía mal en concebir esas inquietudes. La noble señora se acercó á él con las mejillas pálidas y los labios apretados; pero le recibió con calma, y cuando le vió cerca le dió la mano.

—Os he dicho otras veces que esta casa era la vuestra, en la alegría ó en la tristeza, sobre todo en la hora del peligro—le dijo con arrogante dulzura,— y he aquí que me traéis á mi hijo... Me gusta más tenerlo aquí; al menos estaremos reunidos.

Había querido decir primero: «moriremos reunidos;» pero se había contenido para no desanimar á los compañeros de Witold y Tadeo. Pero Witold había comprendido perfectamente su generosa detención; le apretó la mano y la llevó un poco aparte.

—Es verdad, señora—le dijo,— nuestra posición no es brillante, pero aun no es desesperada. Pueden llegar socorros. Antes de entrar aquí, he enviado á toda prisa un mensajero á Rebaljo. Creo, si no me engaño, que lo encontrará en el camino. Si es así, en cinco horas puede estar aquí, procuremos vivir hasta entonces.

Se sonrió diciendo estas palabras; después una impresión triste contrajo sus labios.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

El colmo del fraude. — Se ha descubierto recientemente que algunos productos alimento-medicamentosos, como los polvos de carne, peptonas, etcétera, se preparaban con excrementos de perro, que cuidadosamente se recogen en las grandes capitales. En los pomposos anuncios de ciertos productos se recomienda á los dispépsicos el empleo de varios compuestos de digestión fácil y nutritivos; y efectivamente, los excrementos blancos de los perros, procedentes de la digestión de los huesos, contienen fosfato de cal y otras materias que aprovechan los fabricantes de panaceas por encontrarlos á bajo precio, previa y especialmente preparados.

También se fabrican pasteles con vaselina, principio extraído del petróleo; pues como la vaselina no se enrancia, reemplaza con ventaja la manteca y las grasas hasta aquí empleadas.

Ostras con limón. — El tomar las ostras con zumo de limón, además de hacerlas más gratas al paladar, tiene la ventaja de que se destruyen ciertos parásitos que aquellos moluscos tienen algunas veces en su región abdominal, y que, introducidos en estado vital en el organismo humano, pudieran desarrollarse y producir trastornos en la economía animal y funciones fisiológicas.

Para quitar manchas de grasa y aceite de las hojas de los libros. — Calientese el papel manchado con aceite y quítese lo que se pueda de la mancha con teleta; mójese después un cepillito en aceite esencial de trementina rectificado y caliente hasta la ebullición, porque frío actúa débilmente, y pásese con suavidad por ambos lados del papel, que se mantendrá caliente. Esta operación se repite tantas veces como lo necesite la cantidad de grasa embebida por el papel y el grueso de éste lo exija. Cuando la grasa ha desaparecido, para volver al papel su primitiva blancura, mójese otro cepillito en espíritu de vino bien rectificado, y pásese del mismo modo sobre la parte que estaba manchada, y en particular al rededor de los filos, porque en éstos, por lo común, las manchas son más intensas. Si se practican estas operaciones cuidadosamente, la mancha desaparece, recobra el papel su blancura, y lo escrito en él, bien sea con tinta común ó de imprenta, no sufre alteración alguna.

De la madera y la piedra. — Se hace una fuerte lejía de potasa purificada y agua; se le añade después tanta cal como pueda contener; menéese todo bien y déjese reposar. Luego se pone esta mixtura en una botella y se la tapa cuidadosamente. Para usarla se tiene á mano una poca de agua para quitarle la fuerza. Frótese la parte manchada con dicho líquido, teniendo cuidado que éste no esté más tiempo que el preciso para sacar la mancha; de lo contrario, el color del material sufrirá alteración.

Reconocimiento de la filoxera.—Cuando en una comarca invadida de filoxera se observa un viñedo con plantas de hojas pequeñas, amarillentas ó rojizas, con los bordes arrugados, de sarmientos escasos y débiles y con racimos poco abundantes y de maduración retrasada, puede suponerse que está invadido de la plaga, si bien estos caracteres exteriores no bastan para asegurar la presencia de la filoxera, puesto que también la amarillez de las hojas puede provenir de la enfermedad llamada clorosis.

El examen de las raíces y el detenido reconocimiento de las galerías que hayan practicado insectos, da á conocer si son debidas á larvas de coleópteros ó de otros insectos; las raíces atacadas por la filoxera presentan en las barbillas ó filamentos de primavera hinchazones, abultamientos ó nudosidades, que en el primer año son de igual color que el resto de la raíz, pardeando á medida que envejecen y en cuyo interior se encuentran los huevecillos que deposita el insecto. Cuando la invasión data de mucho tiempo, las nudosidades radicales son de color muy oscuro, la madera es muy nudosa, presentando entre sus repliegues huevos ó larvas del insecto.

En invierno es difícil reconocer la existencia de la filoxera por su inmovilidad y ser de color semejante al de las raíces de la vid; y tan sólo en las raicillas de primavera, si se presentan nudosas, puede encontrarse un indicio de su presencia. De todos modos, el reconocimiento debe dirigirse á la región subcortical, descortezando las cepas y examinando cuidadosamente las partes puestas al descubierto.

Betún para unir las piezas metálicas sobre la piedra.—Sabido es de todos que cuando es preciso empotrar algún hierro en la piedra se necesita hacer un hueco en el sillar á cola de milano, introducir el hierro abierto convenientemente y lleno de rayas ó estrías hechas en la forja y verter por fin plomo derretido entre las juntas de uno y otro material. Después, con un puntero, se golpea el plomo en dichas juntas para consolidar más la unión.

Pues bien: leemos en un periódico italiano que puede sustituirse el plomo con un cemento hecho del modo siguiente: tómese una libra de azufre, una onza de cera virgen y cuatro más de limadura de hierro; todo junto se pone en un recipiente, calentándolo á fuego vivo y agitándolo con una espátula cualquiera; tan pronto como el contenido forma una pasta homogénea, se añade cierta cantidad de polvopiedra, sin cesar nunca de mover con la espátula, y cuando la mezcla esté perfectamente hecha y muy caliente, se vierte en las juntas de la piedra y el hierro, bien calentado de antemano, formándose así, después de frío, un betún tan duro y de más duración que el mismo plomo, con la ventaja de que se une á la piedra mucho mejor que este metal, no dejando intersticios por donde cale el agua, que, ocasionando holguras, malogran al cabo de cierto tiempo las uniones mejor emplomadas.

Abono para frutales.—El orujo de la manzana mezclado con $\frac{1}{3}$ de cal apagada, para neutralizar el exceso de principios ácidos que contenga, es un buen abono para los frutales, en especial los manzanos.

También puede combinarse dicho orujo con fosfato de cal pulverizado, alternando capas de ambas sustancias y en proporción de tres partes de orujo por una de fosfato, dejándolo en tal estado durante mes y medio ó dos meses, luego se mezcla con estiércol común y se obtiene un abono útil para toda clase de cultivos. Es un medio de dar valor al orujo que en gran cantidad resulta en Asturias, Vascongadas y otras provincias que producen la sidra.

MISCELÁNEA

Un nuevo buque camina en estos momentos en busca de un nuevo camino hacia ese ideal que tantas vidas y sacrificios ha costado á los hombres: el polo Norte. Esta vez lo que se intenta es llegar por mar á la tierra de Francisco José, y desde allí los expedicionarios, al mando del Sr. Melville, se pondrán llegar al polo. El jefe de la expedición se



EL CONDE DE MUN,

Fundador y presidente de los círculos católicos de obreros en Francia, y autor de la elocuentísima protesta contra la secularización de la iglesia de Santa Genoveva, en París.

distinguió como ingeniero jefe en la de la *Jeannette*.

Los gastos que ocasione esta empresa serán satisfechos por la sociedad *New York Yacht Club* y el célebre ingeniero *Ciro Field*, que sumergió entre Europa y América el primer cable para la transmisión de despachos telegráficos.

Del último número del *Boletín de la Dirección de Sanidad* tomamos el siguiente resumen:

La suma de nacimientos ocurridos en el presente mes arroja un total de 41.108, de los que el 94,94 han sido legítimos (49,72 varones y 45,22 hembras), y 5,06 ilegítimos (2,52 varones y 2,54 hembras). En relación con la población, acusa una proporcionalidad de 2.424 nacimientos por 1.000 habitantes, que, como término medio anual, supone la cifra de 2,91 por 100.

La de defunciones presenta un total de 36.013, de las que, divididas por edades, corresponde á la primera, ó sea de 0 á 5 años, el 39,84 por 100; á los límites extremos de la vida, ó sea á los de más de 60 años, el 24,84 por 100, quedando, por tanto, el 35,28 para los demás períodos comprendidos de más de 5 á 60 años.

Clasificadas por las causas que las produjeron, ha correspondido el 20,60 por 100 á las enfermedades infecciosas, el 24,59 á las frecuentes, el 51,93 al resto de enfermedades, y el 2,88 á las defunciones por muerte violenta.

En relación con la población, acusan los fallecimientos una proporcionalidad de 2.177 por 1.000 habitantes, que, como término medio anual, supone la cifra de 2,61 por 100.

Existe, pues, una diferencia de 4.195 á favor de los nacimientos, que equivale, en el período observado y con respecto á la población existente, á una proporcionalidad de 0,247 por 1.000, que al año implicaría el 0,30 por 100 de aumento en la población existente.

Este favorable resultado, en el mes de que se trata, lo es más comparando los nacimientos con los del anterior, cuyo término medio semanal alcanzó 10.199 por 10.277, que se observa en éste, presentando en la comparación una diferencia de 78 nacimientos más. Comparando igualmente las defunciones de uno y otro período, se observa, á favor del mes de Noviembre, una disminución de 1.002,65, sensible resultado en el presente, que neutraliza, en parte, la ventajosa comparación antes demostrada.

Continuando la comparación con el mes anterior, se nota en la clasificación de defunciones por edades un aumento en todos sus conceptos, excepción hecha de más de 1 á 5 años, que presenta leve disminución. En la clasificación por causas, obsérvese disminución en los conceptos de difteria y crup, di-

senteria, intermitentes palúdicas, catarro intestinal, cólera infantil, y en muerte violenta, los de suicidio y homicidio, sufriendo aumentos todos los demás, especialmente el concepto de accidente, debido, casi en totalidad, á las defunciones ocasionadas por los terremotos.

Treinta y ocho han sido las provincias que han tenido mayor número de nacimientos que de defunciones. De éstas, las que mayor proporción han alcanzado son las de Huelva y Sevilla, que presentan, la primera, 1.213, y 1.089 por 1.000 la segunda, que al año implicarían respectivamente 14.586 y 13.068 por 1.000.

Las que presentan mayor número proporcional de nacimientos son las de Badajoz, Cáceres y Huelva, ocupando la de Madrid el quinto lugar; en defunciones, las de Granada, Badajoz y Madrid, ocupando Cáceres y Huelva (segunda y tercera en nacimientos) el cuarto y vigésimoséptimo lugar respectivamente.

De las 100 vacunaciones y revacunaciones practicadas en esta capital durante el mes de Diciembre en el Instituto del Estado, se han comprobado 95, prendiendo favorablemente el 95 por 100 de las inoculaciones hechas, ó sea de las 100 indicadas anteriormente.

Durante el año anterior se han expedido 3.598 títulos profesionales por las Universidades de España; 91 de Doctores en diferentes Facultades; de Licenciados en Derecho, 535; en Medicina y Farmacia, 703; en Ciencias, Filosofía y Letras y Derecho administrativo, 100; Ingenieros industriales, Peritos mercantiles y Agrimensores, 69; Notarios y Archiveros, 127; Veterinarios, 220, Practicantes y Matronas, 217; Arquitectos, 5; Maestros de primera enseñanza, 1.522.

Los caminos de hierro suizos, cuya longitud es de 2.388 kilómetros, tienen 180 túneles, con un largo de 47 kilómetros de vía sencilla y 34 kilómetros de doble vía; de éstos, el túnel de San Gothardo tiene 14.984 metros, siendo su altura de 1.154 metros; siguen á éste los cinco túneles del Jura, cuya longitud varía entre 2.000 y 3.000 metros; de más de un kilómetro de largo hay 21 túneles.

Las circunstancias por que atraviesa Inglaterra dan oportunidad á la consignación de la fuerza y coste de su ejército. Consta, en tiempo de paz, de 137.632 hombres, de ellos 7.199 oficiales, 19.533 cabos y sargentos, y 110.910 soldados; en la India tiene además 61.641 hombres. La primera reserva, en tiempo de paz, la constituyen 33.500 hombres, la segunda 9.000, la milicia 142.874, la caballería 14.404, y los voluntarios 247.921, que en pie de guerra formarían un contingente de 636.951 hombres.

El ejército cuesta á Inglaterra, según se consigna en el presupuesto, las siguientes cantidades:

	Libras esterlinas.
Ejército.....	15.502.351
Cargas para el ejército de la India.....	1.100.000
Subsidio á la India para la guerra del	
Afghanistan.....	500.000
Marina.....	10.408.904
Fuerzas en el Mediterráneo.....	2.300.000
Las de Ejército.....	728.000
Egipto Marina.....	350.000
Total.....	30.889.255

Cuya cantidad equivale á 772.231.377 pesetas. Además el ejército de la India gasta 17.434.000 libras esterlinas, ó sea 435.850.000 pesetas.

En el año actual se celebrarán en Francia los siguientes concursos agrícolas regionales, fijados oficialmente para las épocas y poblaciones siguientes: Montpellier, del 2 al 10 de Mayo.

Angers, Angulema y Tolosa, del 9 al 17 de Mayo.

Moulins, Valence y Vesoul, del 16 al 25 de Mayo, Beauvais, Lyon y Montaubán, del 30 de Mayo al 7 de Junio.

Chartres y Nancy, del 6 al 14 de Junio.

Las solicitudes para la admisión deben dirigirse al Ministerio de Agricultura, donde se facilitan programas y demás antecedentes.